

ISSN: EN TRÁMITE

# grafógrafxs

REVISTA DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO



VOL. 5, NÚM. 2 • ABRIL-JUNIO 2023



Universidad Autónoma del Estado de México

# TEATRO PANAL

Plaza "Adriana Barraza"

Calle Valentín Gómez Farías, Núm. 610, Col. La Merced. Toluca, Estado de México, frente al Teatro Universitario "Los Jaguares"



Todos los sábados  
11 y 12 h

Arte y Cultura Viva

EVENTOS GRATUITOS | PARA TODO EL PÚBLICO

Todos los domingos  
15 y 16 h  
Teatro Universitario de Cámara  
"Esvón Gamaliel"

Edificio Histórico de Rectoría  
Instituto Literario núm. 100,  
Centro, Toluca, Estado de México.

SDC



ADMINISTRACIÓN UNIVERSITARIA  
2021 - 2025



# GRAFÓGRAFXS

## TALLERES DE LITERATURA



GRAFÓGRAFXS  
TALLER DE POESÍA

SÁBADOS 11 HORAS  
IMPARTE SERGIO ERNESTO RÍOS  
DESDE EL GRUPO DE FB: GRAFOPOETAS



TALLER DE NARRATIVA  
GRAFÓGRAFXS

SÁBADOS AL MEDIODÍA  
EN EL CENTRO TOLUQUEÑO  
DE ESCRITORES  
IMPARTE ALONSO GUZMÁN

## TODOS LOS SÁBADOS

SESIONES VIRTUALES & PRESENCIALES

INFORMES EN GRAFOGRAFXS@UAEMEX.MX

## ¿Cómo publicar en *Grafógrafxs*?

- *Grafógrafxs* es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuyo objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas para fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior. La periodicidad de la revista es trimestral. Esta publicación universitaria no tiene carácter lucrativo, por lo que no efectúa remuneraciones ni cobros a sus colaboradores.
- La convocatoria de la revista es permanente. Se recibirán propuestas de publicación de autores de cualquier edad y nacionalidad. Además, se solicitarán colaboraciones a los autores que determine el Comité Editorial o el director de la revista.
- Derivado de donaciones de libros por parte de casas editoriales a *Grafógrafxs*, esta publicación entrega a alumnos de la UAEM un libro a cambio de la elaboración de la reseña respectiva. Estas reseñas se publicarán en la sección “Reseñas” de la revista.
- Tanto las propuestas de publicación como las colaboraciones solicitadas deben enviarse a grafografxs@uaemex.mx en archivo de Word, con letra Arial a 12 puntos e interlínea de 1.5.
- *Grafógrafxs* efectuará una lectura de pertinencia de las propuestas de publicación. Si se determina que la obra será publicada, el equipo editorial de la revista enviará un correo electrónico al autor en un plazo no mayor de 15 días hábiles (contados a partir del acuse de recibo de la propuesta), en el que se adjuntará el instrumento jurídico correspondiente (cesión de derechos); este deberá remitirse a la revista una vez firmado.
- La revista someterá todos los textos por publicar a un proceso de edición y corrección de estilo.
- Las propuestas aceptadas se publicarán conforme al orden de llegada y la disponibilidad de espacio en el número correspondiente.
- Las propuestas de publicación, las reseñas y las colaboraciones solicitadas deben ir acompañadas de una breve ficha de identificación, en la que se especificará lo siguiente: nombre, lugar y fecha de nacimiento, estudios y, en su caso, lugar de trabajo, premios y los tres libros publicados más recientes.

### Ejemplo:

CLAUDIA L. GUTIÉRREZ PIÑA (Toluca, México, 1980). Es Doctora en Literatura Hispánica por El Colegio de México, autora de *Las variaciones de la escritura. Una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo* (2016) y coordinadora de los libros *Salvador Elizondo: ida y vuelta. Estudios críticos* (2016) y *Mujeres mexicanas en la escritura* (2017). En 2013, obtuvo el premio a la mejor tesis de doctorado en el área de Humanidades otorgado por la Academia Mexicana de Ciencias. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 2015.

- En las reseñas se deberá incluir, además, la ficha bibliográfica del libro de referencia, la cual contendrá los siguientes datos: autor, título, ISBN, editorial, fecha de publicación y número de páginas.

### Ejemplo:

Dora Moro,  
*Geodón*,  
ISBN: 9-47-8490-607-978, México  
Ediciones Luzzeta,  
41 .2018 pp.

- La extensión máxima recomendada para las propuestas de publicación y colaboraciones solicitadas es la siguiente: 12 cuartillas en el caso de cuentos, crónicas y ensayos literarios, y dos cuartillas para reseñas. Se aceptará un máximo de cinco poemas por autor.
- Respecto a los ensayos literarios, se sugiere incluir un máximo de cinco fuentes. Las referencias bibliográficas se deben ajustar al estilo de citas Harvard tanto dentro del texto como al final de este.

### Ejemplos:

Dentro del texto:

(Gutiérrez, 2016: 69)

Al final del texto:

Gutiérrez Piña, Claudia Liliana (2016), *Las variaciones de la escritura: una lectura crítica de El grafógrafo y de la obra de Salvador Elizondo*, México, El Colegio de México/Universidad Autónoma del Estado de México.

Rosas Montalvo, Álvaro (2011), “Tres sonetos”, *La Colmena*, núm. 72, pp. 91-92.



Universidad Autónoma del Estado de México

RECTOR

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

SECRETARIO DE DOCENCIA

José Raymundo Marcial Romero

Doctor en Ciencias Computacionales

SECRETARIO DE RECTORÍA

Marco Aurelio Cienfuegos Terrón

Doctor en Ciencias de la Educación

SECRETARIA DE DIFUSIÓN CULTURAL

María de las Mercedes Portilla Luja

Doctora en Humanidades

DIRECTORA GENERAL DE COMUNICACIÓN UNIVERSITARIA

Ginarely Valencia Alcántara

Licenciada en Comunicación

DIRECTOR DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Doctor en Administración

*Grafógrafxs*, volumen 5, número 2, abril-junio de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tel. + 52 722 481 18 00, grafografxs.uaemex.mx, grafografxs@uaemex.mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, calle Leona Vicario, número 201, Barrio de Santa Clara, Toluca, Estado de México, C.P. 50090. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre que no se modifique y se cite la fuente completa.

# grafógrafxs

## EQUIPO EDITORIAL

### DIRECTOR

Sergio Ernesto Ríos

### EDITOR

Mauricio Pérez Sánchez

### DISEÑO

Javier Gonzalo Paredes Mendoza

### CORRECCIÓN DE ESTILO

Laksmi Contreras Reyes

Vania Heredia

### COMITÉ EDITORIAL

Carmen Álvarez Lobato

Yanko González

Reynaldo Jiménez

Josely Vianna Baptista

Mónica Nepote

León Plascencia Ñol

Alberto Chimal

Cristina Rivera Garza

Ana Porrúa

Ángel Ortuño †

Julián Herbert

### CONSEJO CONSULTIVO

Claudia Gutiérrez Piña

Maricela Guerrero

Carlos Maldonado

Efraín Velasco

Carlos Vicente Castro

Luis Eduardo García

Juana Adcock

Rodrigo Quijano

Cristian De Nápoli

César Panza †

Xitlailitl Rodríguez Mendoza

# CONTENIDO

- |    |  |    |  |
|----|--|----|--|
| 5  | SONETOS<br>Diane Seuss                                       | 46 | ¿CÓMO SE DICE AMOR EN LAS PERIFERIAS?<br>Eva Bidegain      |
| 10 | CARPA SEROPositIVA<br>Izel Shamaní                           | 48 | IVANCITO EL PREGUNTÓN<br>José Edmundo Hernandez            |
| 20 | NANOVACAS<br>Gabriela Torres Olivares                        | 52 | DOSCIENTOS CANGUROS<br>Diego Muzzio                        |
| 23 | EL LIBRO DE LOS CABALLITOS<br>(FRAGMENTO)<br>Valeria Meiller | 65 | PAULINA<br>Laura Ponce                                     |
| 28 | POEMAS<br>Edgar Pou  | 73 | LAS MARIPOSAS NO SUEÑAN<br>(FRAGMENTO)<br>Rogelio Saunders |
| 40 | DOS POEMAS<br>Arrebol  |    |  |

## Ilustración en portada y contraportada:

“Put Back” Dolls Project (2008). Tinta china/  
Poliéster, 61 x 47 cm (Claudia Campos Pillado).

Colección de poesía *En Marte aparece tu cabeza*

Cuaderno verde escolar  
Ángel Ortuño

**grafógrafxs** es una revista digital de creación literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, la cual aparece en enero, abril, julio y octubre. Su objetivo es publicar textos de poesía, narrativa, ensayo, crónica, traducciones y reseñas y entender la escritura como un territorio intercambiable entre lectores y escritores. *Grafógrafxs* está dirigida a la comunidad universitaria y al público en general. Esta publicación universitaria tiene el propósito de fomentar el interés por la literatura entre los estudiantes de nivel medio superior y superior, por lo que no tiene carácter lucrativo.

## Sonetos\*

Diane Seuss

**El soneto, como la pobreza,** te enseña lo que puedes hacer sin. Tener, como dice mi madre, un deseo en una mano y mierda en la otra. Esa fue su respuesta cuando le dije que deseaba una cámara instantánea y un padre. Un deseo en una mano, me dijo, mierda en la otra. Aún lo repite. Cuando me dice que ojalá yo estuviera ahí para probar su sopa de frijol, se responde sola. Un deseo en una mano, dice, mierda en la otra. La pobreza, como la poesía, es buena maestra. De las que golpean tus nudillos con una vara, pero no de las que arrojan un diccionario que atraviesa el salón y te golpea el cerebro con todas las palabras que alguna vez existieron. Los padres enterrados en sus cajas siguen siendo padres, dice la maestra. Hacer sin los. Hacer sin y. Sin hot dogs con tus frijoles. Un soneto es una madre. Cada palabra, un dólar reluciente. Mierda en una mano, dice. Un deseo en la otra.

\* Estos poemas forman parte del libro *frank: sonnets* (Greywoolf Press, 2022).

**Me llamó de San Francisco**, yo amamantaba al bebé, me dijo tengo una lesión en mi pantorrilla, parece una quemadura de cigarro, esto fue en los primeros días de la plaga, no había cocteles, las avispas asolaban el sótano donde vivía, su nido estaba en el ventilador del baño, luego vinieron hormigas rojas que nos mordían, un sótano no es lugar para un bebé, cuando recuerdo esa parte, pienso en papas pequeñas, estaba amamantando otra vez cuando el cohete Challenger explotó, dicen que los astronautas estaban vivos hasta que la cabina tocó el agua, con los ojos abiertos mientras se desplomaban, uno pensaría que mi leche era abundante, pero no, y sin embargo soy un animal, luego vino la neuropatía en sus pies, comenzó a renguear, él, que había ganado un torneo de tenis, tres figuras vestidas de negro aparecieron al pie de su cama y luego se quedó ciego, pensó que la solución serían unos lentes baratos para leer, perdió la cabeza, luego su cuerpo se llenó de agua salada, aunque había nacido en un lugar de agua dulce, río, riachuelo, lago sucio, salamandras en los pozos caseros, sus padres eran pobres, pero habían conseguido una alberca de segunda mano, ahí, detrás del puesto de frutas.

**Soñé un color, sin trama, un color**, extraño, antes vendían unos zapatos llamados guindas, su color semejaba sangre de buey, zapatitos de bebé, aunque no exactamente, tampoco hígado de ternera, aunque sí se parecía más al hígado que al corazón, no era como el pelo guinda de esa niña, ni caoba, puto color caoba, una vez me caí mientras caminaba sobre las rocas que había alrededor de un lago de jade, el corte fue pequeño pero profundo y doloroso, mi sangre, magenta rodeada de algo color anticongelante, un verde-amarillo impensable, bioluminiscente, aunque no como las luciérnagas, putas luciérnagas que se acercan al índigo falso de los relojes baratos que brillan en la oscuridad, quizá cierto manojo de gladiolas que Mikel me mandó al departamento, él, que había abierto mi frasco de miel y lamido todo con su lengua, qué puto asco, qué rabia, el color era una mezcla de gladiolas, miel, lengua, furia y Mikel, que lleva tanto tiempo muerto, la lesión del sarcoma de Kaposi en su pulgar.

**La muerte no existe en la poesía.** Un verso puede disolverse en la pausa que sigue a su corte, pero eso no es morir. En los poemas no hay sonidos de asfixia, no hay olor a sangre. Puedo describir los sonidos, los olores, pero las descripciones son, de hecho, escondites. No hay nobleza en las descripciones. ¿Hay nobleza en los poemas? Ojalá no. La nobleza es otro lugar donde esconderse. “A través de esta legión de realidades sentidas despreciadas de mala reputación”, escribió Alan en un poema. Espero que esté bien que te haya citado, Alan. Es un poema sobre la incomodidad del amor, pero Alan estaría de acuerdo, no hay amor en los poemas. No hay amor en un hongo, en un vestido de novia hecho a mano. No hay muerte en un pañuelo para funerales que tiene bordado “Procura no usarlo”. Miré una lombriz y pensé que era un ángel. Miré un ángel y pensé que era una tormenta. Lo que está mal en la mente está mal en el poema. Es difícil que el niño que reparte periódicos siga siendo niño. Se la pasa transformándose en una niña que le lleva pescado a su abuela en una bolsa, la abuela en realidad es un lobo vestido de abuela que canta un pasaje de Ulises: “Así se mantuvieron los dos por un rato, abatidos, acompañándose en su pena”.

**Mis tetas están llenas de moretones,** como si hubiera cogido con un amante brusco, pero no lo he hecho, hoy no, una vez fui suave con alguien y me di cuenta de que odio ser suave, compré una pera dura y roja, tan dura como para aporrear un crucifijo con un clavo, y dejé la pera dura, quiero decir tan dura como un pito, sobre el alféizar rojo, la abandoné a su putrefacción solitaria, hasta que empezó a exudar ese almizcle conocido, como si me dijera cómeme, o lo cantara con voz de soprano, pero mientras más deseaba que mis dientes se hundieran en su pellejo, más lo evitaba, le había perdido todo el respeto, como en ese poema en el que las ciruelas pudriéndose son prueba de que la eternidad es ilógica, obviamente es ilógica, y cuando por fin me había decidido a lanzarme, la pobre estaba infestada de moscas, era mi culpa, desde luego, pero culpé a la pera, culpemos todos a la pera, esto no es una metáfora, sino una fábula cuya moraleja ha existido por los siglos de los siglos: me preocupan estos moretones, ¿quién va a abrazarme cuando muera?

*Traducción de Rodrigo Círiga*

**DIANE SEUSS** (Michigan City, 1956). Poeta y crítica literaria estadounidense. Ha dado clases en Kalamazoo College, Colorado College, la Universidad de Michigan y la Universidad de Washington, en St. Louis. Ha publicado cinco libros de poesía, entre los que destacan *Four-Legged Girl* (2015) y *Still Life with Two Dead Peacocks and a Girl* (2018). Su libro *frank: sonnets* ganó algunos de los más prestigiosos premios literarios en Estados Unidos, como el Premio PEN/Voelcker, el Premio de Poesía del National Book Critics Circle y el Premio Pulitzer.

# Carpa seropositiva\*

Izel Shamaní

## 1

“Aceleraste mis latidos, es que me gusta to de ti”.

Lenny Boom acaricia los cabellos de su peluca naranja hacia arriba mientras canta. Mira directamente a la pantalla del celular, donde, además de su rostro, aparece la puerta abierta de su camioneta roja. Desde el fondo del vehículo, un niño tararea, siguiendo el ritmo de la canción. Es su hijo.

—Espérame, ahí quédate —ordena, luego se aleja un par de pasos y cruza la calle—. Hola, amigos, ¿qué tal? ¿Quién se conecta? Una persona. Estamos a punto de iniciar un *show*. Una personita que se conecte.

Lenny Boom recarga el teléfono en la llanta de otro vehículo: la calle, sus tenis manchados de acuarela, el pantalón negro con una línea de lentejuela de arcoíris. Desaparece de cuadro y es sustituido por la parte frontal de un auto pálido estacionado bajo un árbol. Unos segundos después, su mano aparece a cuadro para levantar el teléfono y acercarlo a su rostro. La línea de maquillaje blanco bajo los ojos pretende agrandarlos. Ese mismo maquillaje simula también un diente que cubre casi todo el labio inferior. Las cejas, de tono amarillo verdoso, se levantan como cuando uno

\* Este texto obtuvo el segundo lugar en la categoría de crónica en el 53 Concurso Punto de Partida. Agradecemos las facilidades prestadas por la UNAM para la publicación de este material.

sonríe, pero el rostro de Lenny Boom, que siempre camina muy derecho, permanece serio.

“De toas tus partes cuál decido”.

—Saludos, amigos, ¿quién nos saluda el día de hoy? Cuatro personitas... ¿Quién más?... Cuatro personitas...

Continúa cantando mientras vuelve a peinar su peluca naranja. “No me sale”, menciona burlón, sarcástico, aunque con el rostro serio.

—Vamos a dar inicio ya a un showcito el día de hoy, domingo. —Ajusta el micrófono que se sostiene en la oreja—. Estamos aquí en... creo que es delegación Temamatla. Y de aquí nos vamos hasta... Tlalmanalco, creo. Bueno, el día de hoy saludando, reportándonos. Dos showcitos, gracias a Dios, así que vamos a darle cran al alacrán.

## 2

El término “payaso” viene del italiano “pagliaccio”, que, a su vez, deriva de “paglia”, “paja”: el vestido tradicional que usaban remitía a un colchón relleno de paja, a un costal. A un muñeco.

—Sí, espéreme tantito. ¿Algo más? —pregunta Ángel.

Todos los fines de semana vende papas y micheladas en la esquina de Sur 22 y Oriente 9, en Valle de Chalco. A veces se asoma hacia las instalaciones deportivas, a tres calles de su local, para ver si habrá más clientes. Aunque es alto y flaco, camina siempre encorvado, por lo que su columna forma un arco sutil que dibuja pliegues pequeñísimos en el abdomen. Lleva playera sin mangas y gorra, bajo la que su cabello castaño dorado descansa. Lleva puesta también una sonrisa ligera.

“Aceleraste mis latidos, es que me gusta to de ti. De toas tus partes cuál decido”, canta en voz baja, con los ojos fijos en su

clienta. Le sonrío. Se inclina un poco bajo el peso de su propio cuerpo y del cansancio. Luce como un muñeco roto al que se le sale la paja.

—¿Cuántas más van a ser?

Tiene las manos hundidas en dos kilos de carne molida, fría, repleta de puntos blancos, como los glóbulos que empiezan a escasear en su sangre.

### 3

El Instituto de Salud del Estado de México (ISEM) cuenta con seis centros ambulatorios destinados a la prevención y atención del sida e infecciones de transmisión sexual. Erigidos con tubos delgados, poseen un techo puntiagudo y tienen un moño rojo dibujado a cada lado. Son como pequeñas carpas de circo. Bajo su sombra, se refugian los enfermeros. La gente forma fila para verlos, avanzan con cautela, como para ver a un tigre tras la reja. Ecatepec, Nezahualcóyotl, Chalco, Naucalpan, Tlalnepantla y Toluca son los municipios donde se hallan.

También están los Servicios de Atención Integral Hospitalaria (SAIH) para pacientes con VIH: se encuentran en Cuautitlán, Ixtapaluca y Atizapán. En ellos la gente observa sin decir nada, sin escuchar nada. Entran cobijados por un silencio colectivo. Las sillas, de un plástico incómodo, se convierten en la media luna de unas gradas de circo, lista para la escena. Ángel Álvarez Medina escucha que una enfermera lo llama. Las puertas de este centro de atención están abiertas y mudas, como las bocas de quienes observan a un hombre desprenderse del trapecio para volar al siguiente. El resto de los pacientes, que ahora son el público enfermizo, miran a Ángel levantarse de la silla.

“Atención”, anuncia el maestro de ceremonias, que sale de un consultorio, “Ángel está a punto de abrir sus resultados”. Redoble de tambor, silencio. La gente abre más los ojos. Se estrujan las manos. Se inclinan hacia el frente. Una mujer le tapa los ojos a su hijo. Un hombre se quita el sombrero para llevárselo al pecho, como ante la presencia de Dios. Un joven come palomitas sin dejar de ver la escena, con la mirada fija en el sobre en las manos de Ángel. “Silencio”, pide el maestro de ceremonias, luego se limpia la frente con un pañuelo que no termina de salir de su bolsillo. Dos ancianas se toman de las manos. El tambor para. Todo queda en silencio. Se escucha el sobre rasgarse. Un cono de luz cae sobre la hoja. Ángel suspira. El público se inclina un poco más hacia el frente. Un hombre se seca las manos contra el pantalón.

Ángel levanta los brazos y gira para mostrar la hoja hasta al último asistente, luego se la entrega al maestro de ceremonias, que limpia el micrófono con la manga izquierda de su saco rojo. Se aclara la garganta. “Señoras y señores”, se toma una pausa, “es positivo”.

### 4

¿Quién tembló primero ante la idea del contagio? Ante la idea de pastillas y de un edificio blanco riéndose de nosotros gracias a las constantes visitas. ¿Quién?

Todos quieren ser el mejor anfitrión para la muerte, lo más lejos de hospitales. De ser posible, después de comer glaseado, de bailar de noche o de sentirse dentro de una alberca de pelotas. Todos quisieran recibir a la muerte con una sonrisa. Quien no puede, se maquilla una hasta las orejas.

El brillo de la pantalla blanquea aún más las mejillas de Lenny Boom. Se acomoda el cuello y mira el contador de personas

conectadas a su transmisión en vivo. Cuatro. Tres. Dos. Una. Cero. Sigue mirando, pero nadie se conecta. Lenny Boom se mantiene positivo.

—¿Quién se conecta? ... una personita.

Da un giro de 360 grados y después su rostro desaparece de la pantalla: ahora enfoca el salón de fiestas donde, en unos minutos, actuará. Un par de hombres fuman junto a la entrada, sostienen vasos en la mano. Faltan quince minutos para que inicie el *show* de Lenny Boom: 1 300 pesos por una hora de inflar globos, pintar caritas, partir el pastel, cantar y bailar para los niños. El tiempo no es aliado de Lenny Boom, aunque la OMS diga que la esperanza de vida para una persona (sero)positiva es de hasta setenta años.

—Yo trabajo diario porque soy pobre —dice con una sonrisa que no se debe al maquillaje. Nunca deja de mirar la pantalla del celular.

Su hijo, hincado sobre el asiento de la camioneta, lo mira expectante.

—¿Quién se conecta, quién? ¿Dos personitas? No puedo ver quiénes son, coméntenme quién se conecta.

## 5

Ángel se acerca a una pila de vasos de un litro, maquillados en azul y con una corona dorada al centro. De manera exagerada, saca uno, con el gesto de quien desenfunda un sable. Camina decidido hacia una bandeja llena de chamoy y moja la orilla del vaso, con un movimiento de muñeca como el que emplea para hacer de un globo un perrito, una jirafa o un corazón. Salpica el vaso con polvo picante, como si arrojara diamantina sobre un

niño que cumple años. Agrega limón y sal al vaso y vierte la cerveza. Al final, saca una pequeña sombrilla para coronar la bebida y la coloca sobre la barra. “Taráááán”, parecen decir sus manos extendidas, los dedos tensos. Ángel sonríe, mira al cliente.

—Dame otra, por favor —es la única respuesta.

Las manos de Ángel se cierran con lentitud, como una flor en la solapa del saco de un payaso.

Junto al local de hamburguesas y micheladas hay una pared de ladrillo encalado, tiene un rótulo: un aura amarilla envuelve a un payaso de pupilas dilatadas, brillantes, pero carentes de cualquier signo de vitalidad. Las comisuras de los labios están inclinadas hacia abajo, le dan un talante gris, indiferente. Los ojos parecen añorar algo, quizá el pasado. “Lenny Boom en escena”, anuncia. Debajo, en la humedad provocada por la orina de los perros que hurgan en la basura del local de hamburguesas, reposan un número de teléfono y una página de Facebook. El rostro del payaso presenta los signos clásicos del nostálgico que, también, son los signos de un paciente seropositivo.

Cuando cierra el local, Ángel sale con una bolsa negra llena de restos de comida. Un público de perros maquillados de hambre lo espera.

## 6

Hay quienes afirman que el grueso de las tribus nativas americanas tuvo algún tipo de payaso. Estos tenían un rol social indispensable en la vida de la tribu, relacionado con lo religioso. En ocasiones se les consideraba capacitados para curar ciertas enfermedades, quizá aquellas relacionadas con el alma. La tristeza, por ejemplo. Tal vez curaban por medio de la risa.

Lenny Boom está en una cuerda floja que conecta enfermedad y tratamiento: no puede curar su padecimiento, pero, según esa antigua creencia, es capaz de curar el alma de los niños; basta con animarlos en el momento: pintarles la cara, inflarles un globo, bailar para ellos, cantarles. Partir un pastel. Jugar con niños es, irremediablemente, jugar con la imaginación. Los niños felices, en cualquier punto cardinal, tienden a jugar.

En uno de esos sures u orientes, en Valle de Chalco, con tantas posibilidades como esquinas, con faroles fundidos en la colonia más secreta, como los de la marquesina de un circo pobre, en alguna de esas calles, Ángel contrajo la enfermedad y la llevó cada tarde en los camiones a Zaragoza. Cuando el semáforo estaba en rojo, como la nariz de un payaso, abordaba para brindar un pequeño *show* de chistes, acompañado de carcajadas repletas de lentejuela circense; una muestra de su espectáculo de fines de semana. El rubor rojísimo se fundía con el de su rostro acalorado. Poco a poco su piel bajó los reflectores, como cuando sus hijos, con sus pequeños dedos, le retiran el maquillaje al volver a casa. La sonrisa disuelta en suspiros de helio, hasta que el cansancio lo lleva a una contorsión que desmantela el toldo de su cuerpo.

A su esposa la noticia le chupó las mejillas. Adelgazó hasta conjugar su cuerpo con el de su marido, como si con eso lo ayudara con la pena, con la culpa. Lo hizo de forma tan rápida que las vecinas, preocupadas siempre por perder peso, preguntaban su secreto. Ella optó (para mantenerlo oculto, como un truco de cartas) por ponerse dos o a veces tres pantalones y doble sudadera; parecía un muñeco relleno de paja. La gente dejó de preguntar cuando alguien susurró (al oído de todos) el porqué de aquel repentino cambio de Ángel y su mujer. Positivo.

## 7

Hay que cruzar un pasillo completamente níveo, donde la luz, también blanca, entra por las ventanas, como la de una enorme lámpara de quirófano. Al terminar el recorrido hay otra fila de sillas, igualmente incómodas. Chequeos de rutina, pequeñas dudas y recuentos que terminan aquí, en sillas duras como gradas improvisadas con madera y ladrillos. Ángel peina su cabello hacia abajo, acaricia su frente sudorosa y no deja de mirar su hoja de resultados: positivo. Mira hacia la puerta de la psicóloga, guarda la hoja en el bolsillo donde normalmente lleva su pañuelo de colores y mira sus zapatos, negros, pequeños, sucios.

Una mosca se posa en el filo de la única silla libre en la sala de espera. Ángel recuerda la última fiesta donde actuó: una mosca manchaba el pastel en la celebración número seis de un niño con traje azul cielo y moño. Un Iron Man, de la misma altura de Lenny Boom, bailaba a su lado, con pasos laterales, enfermos, sin vida. Su traje estaba iluminado y ambos levantaban las manos; los niños, después, los imitaban. Mientras tanto, la mosca había punteado el *fondant*, pero él no podía interrumpir su acto. Una de las meseras del salón de fiestas, finalmente, la aplastó con un vaso rojo en cuanto las alas rozaron el mantel. Lenny Boom no puede dejar de recordarla. ¿Así se sienten las enfermedades terminales, como si algo, de pronto, te aplastara?

Se abre la puerta del consultorio de psicología. Una payasita, más joven que Lenny Boom, se asoma y saluda con ambas manos. Los niños gritan emocionados. Lleva una bata de doctor, repleta de corazones de colores. En el pecho, junto a su gafete de psicóloga, tiene un girasol amarillo. Se lleva la mano derecha a la espalda y saca un enorme megáfono de colores.

—¡Ángel Álvarez Medina!

Lenny Boom se levanta como resorte al escuchar su nombre. El coro de niños aplaude y grita su nombre. “Lenny, Lenny, Lenny”. Después de dar su primer paso, se pone él solo el pie y tropieza. Cuando se levanta, vuelve a hacerlo otras dos veces. Las carcajadas de los niños se elevan. Saca de su bolsillo los resultados y los arroja al suelo. Al pisarlos, finge resbalar y da un giro de 180 grados, para quedar viendo hacia el otro lado. La payasita con bata de doctor le muestra a los niños un reloj gigante, ellos ríen. Lenny Boom da un par de pasos más en dirección opuesta al consultorio y voltea a ver a los niños, pregunta en dónde está la doctora. “¡Ahí, ahí!”, contestan todos, “¡para el otro lado!”. La doctora de nariz roja ya no espera, saca un yoyo gigante y laza a Lenny Boom, para llevarlo a rastras al consultorio. Cuando está frente a ella, presiona el girasol amarillo en su solapa y un chorro de agua lava el maquillaje del rostro de Lenny Boom.

—¿Ángel Álvarez Medina? —No escucha su nombre, pero alcanza a leerlo en los labios de la doctora. Asiente—. Pasa, por favor.

## 8

—¿Quién se conecta? Una personita.

En la pantalla del celular se puede apreciar, detrás del rostro de Lenny Boom, la camioneta que usa para trasladarse a su *show*. Dentro, de rodillas en el asiento, su hijo está terminando de abotonarse el chaleco blanco con líneas de diamantina azul. Se pone una nariz falsa y sale rumbo al salón de fiestas.

—Muchas gracias por conectarte, amigo —le habla al último asistente a su transmisión en vivo—, vamos a darle cran al alacrán.

Ahora hay cero personas conectadas.

Ángel se guarda el teléfono en la bolsa y va hacia la camioneta para sacar su caja con regalos, globos y dulces. Al subir a la banqueta, tropieza y está a punto de caer. Voltea para cerciorarse de que nadie lo vio. Baja por un momento la caja, se acomoda el chaleco y peina su peluca hacia arriba. Revisa su maquillaje en el espejo lateral de un auto estacionado y mira sus zapatos. Levanta la caja y se acerca a la entrada del salón de fiestas.

Antes de entrar, respira hondo, cierra los ojos, exhala y se persigna. Da el primer paso al interior. “¡Ya llegó Lenny Boom!”, anuncian los altoparlantes en las esquinas del salón de fiestas. Ángel se pone el pie y finge tropezarse. Todos los niños, a excepción de su hijo, sueltan una carcajada.

Lenny Boom mira las bocas moverse, pero no oye ninguna risa.

**IZEL SHAMANÍ** (Chalco, Estado de México, 1991). Es autora del libro *Mutis* (Editorial Mar de Papel, 2022). Ha participado en diversos foros de poesía en México. Cursa la licenciatura en Creación Literaria en la UACM y asiste al Taller de Creación Literaria del FARO Indios Verdes. Textos suyos aparecen en diversas revistas, como *Neotraba*, *Plástico* y *Monolito*.

## Nanovacas

Gabriela Torres Olivares

*E*l extraño suceso de la carne impudrible fue el título que sugirió un reportero para su artículo que, hace un par de décadas, sacó brevemente del anonimato a esta carnicería. La noticia era un evento que bien podía ser resuelto con una investigación de las autoridades sanitarias o de protección al consumo y no ser abordada desde la portentosa curiosidad de un semanario dedicado enteramente al lío local. Y aunque la publicación del reportaje fue retomada sin mucho éxito por algunos medios semejantes, el suceso inspiró a los sociólogos de la región, que acuñaron el término *carnificación* para referirse al fenómeno de súbita manifestación de esperanza por la posible prolongación de frescura en alimentos perecederos, así como a la subsecuente mitología creada a partir del inexplicable pero axiomático milagro. Aunque en algún televisado panel de debate multidisciplinario con formato de *talk show*, de esos que en la época proliferaron para sustituir noticiarios, una muy célebre nutrióloga señalara que el deseo de los milagros era producido por la falta de proteína en el cuerpo. *Y cuando esta circunstancia pasa de ser individual a volverse colectiva, tienes a un grupo de cuerpos proclives al delirio, al deseo de lo sobrenatural efectuado por una necesidad natural, vital*, alcanzó a decir la nutrióloga antes de ser interrumpida para ir a un corte comercial. Eran tiempos complicados. Esas fechas inventaron animales, desgracias meteorológicas, máquinas inútiles, máquinas

de todo, espíritus presagiadores de situaciones que hasta entonces a nadie le importaban, emergentes deidades manifestándose en lo más inesperado; revivieron caducas supersticiones, pero también generaron otras más actualizadas. Adaptarse era esperarlo todo y a la vez no esperar nada. Cualquier cosa era posible; la paranoia era el lugar de las certezas, un destino y un naufragio. Esperar todo: la repentina y fugaz popularidad que obtuvo la carnicería tras el reportaje. No esperar nada: las visitas de curiosos no se vieron reflejadas en las ventas, que, en cambio, descendieron tras la polémica que puso en duda la autenticidad de su producto: ¿sería carne?, ¿habría nacido?, ¿alguna vez fue bebé? Eran preguntas complejas, pero complejos eran los tiempos que las parían. Porque en ese entonces se hablaba de ingenierías maravillosas, de reconfiguraciones moleculares, de la materia prima del átomo, de llantas viejas que podían ser convertidas en bisteces. Era alquimia y era transustanciación aquel rumor de proteínas a las que llamaban nanovacas. Una tecnología en ciernes que piloteaba argumentos sobre mitigar la hambruna por intervenir la carne. Desde laboratorios extranjeros, auspiciados por gobiernos extranjeros, científicos extranjeros egresados de extranjeras universidades conjugaban subjuntivos, experimentando esta invisibilidad bajo la poderosísima lente de un microscopio inventado para tales menesteres. Y el eco de sus avances se diseminaba en diluidas traducciones asimilables a cualquier contexto. Y aquí el naufragio milagréo la justificada sospecha de que, sin previo aviso, serían sus estómagos y no los de los extranjeros, los primeros en digerir la furtiva degradación de aquel otrora hule entre sus gástricos jugos, en comprobar la eficacia del nanobistec, antes de publicarlo en los registros oficiales. Aquí el atómico fantasma de aquella tecnología se manifestaba en la contradicción del deseo, del deseo de la carne siendo vaca y de la vaca no siendo más, no siendo más que la

fantasía de unas llantas inservibles cosechadas sobre antipodales acotamientos de imparables carreteras para construir bisteces y paranoias inéditas, fundamentar sus sospechas y corroborar temores de ulteriores altruismos con una invisible invasión. El deseo derivaba entre tener la razón y no tenerla. El deseo derivaba mientras la invasión ya sucedía de mil maneras.

**GABRIELA TORRES OLIVARES** (Monterrey, México, 1982). Es autora de *Enfermarío* (FETA, 2010 - Les Figs Press, 2017) y *Piscinas verticales (o la bruma un hábitat sustentable)* (FETA, 2017). En 2017 obtuvo el premio Frontera de Palabras/Border of Words. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

## *El libro de los caballitos* (fragmento)

Valeria Meiller

### Los niños están pastando

En el corazón de las tinieblas los niños  
amontonan un cúmulo de nombres, una libreta  
sin teléfonos a dónde llamar  
en la adultez para preguntar cosas.  
Por el baldío de la educación sentimental  
caminan, una y otra vez,  
buscando un recuerdo como si fuera un poste,  
una tranquera, un alambrado, cualquier  
elemento con un nombre concreto. De este lado  
el campo es siempre azul por las flores  
del lino y del otro, el trigo  
dorado hasta que lo saja la maleza.  
En los campos de los otros  
la guadaña alcanza todas las hierbas  
corta el problema de raíz, el pasto  
es más verde y ningún puñal  
interrumpe el futuro de la descendencia.  
Los caballos galopan y en el pasado hay  
parientes de los que no hablamos:  
una tarde el hermano menor encuentra  
una placa de bronce con su apellido  
y un nombre que no

le suena ninguna campana.  
Una fecha de nacimiento y otra  
de defunción clausuran  
una vida sin registro.  
Hay recuerdos que el filo de las confesiones, no.  
Que bajo la luz del día, no.  
Hay pesadillas tenidas al borde de la noche:  
la daga de los parecidos, su relato  
a veces sonámbulo, otras desvelado.  
Los años dorados caen por el círculo del oro  
se separan de las fechas recientes.  
En ese éxodo los niños se obligan a creer  
que los cuchillos de los padres  
sólo se empuñan para proteger a los hijos.

### El último galope

¿Se acordarán después  
de la mañana que siembran  
una rotura en el lenguaje  
para que el idioma de los tres  
se contenga como las armas  
que no van a volver a disparar?  
La piel de su silencio tiene  
una palabra, dos:  
una dice no, la otra  
se mueve con el gesto en que inclinan  
la cabeza para terminar  
una frase que no tiene respuesta.  
Escuchan el galope a la distancia  
de los caballos que nacieron blancos:

es una tierra tan plana  
que le dicen a los perros  
¡Silencio! Pero la lengua  
siempre habla con eco  
regresa como una enorme  
consecuencia. El amor en cambio  
no vuelve nunca  
es una tropilla desbandada  
es las puertas de la familia cerrándose  
para siempre para ellos  
a futuro.

### En este poema no hay caballos

En este poema no hay caballos.  
Una noche abrieron los establos,  
dejaron que partieran  
hacia el negro de la noche —que después  
sería mañana, mediodía.  
Corrieron desbocados. Alguien dijo:  
‘La vi. Era mi yegua zaina  
iba más oscura que la noche, más oscura  
que las pinturas negras. No se parecía a nada,  
ni siquiera al horror de Saturno  
devorando a su propio hijo.  
Una mitología diferente  
la animaba: una resonancia  
siniestra, planetaria’.  
Hasta que en un momento,  
la distancia del paisaje  
a pesar de la llanura asfixiante de la pampa

cedió para que en su galope  
 los animales desaparecieran.  
 En este poema no hay caballos.  
 Una noche abrieron los establos,  
 dejaron que partieran  
 hacia la noche —hasta llegar  
 a un río o a una fosa, donde bebieron y bebieron  
 agua negra. Una mujer los vio  
 pasar casi de madrugada contó que iban  
 más oscuros que la tormenta dejando un surco  
 por la mitad del campo.  
 ‘Araban como una espada,  
 destruyendo lo mejor de la tierra  
 —como un buque de guerra,  
 iban hacia la muerte,  
 derechos, con un silencio  
 de tumba, con el terror de los monasterios’.  
 En este poema no hay caballos.  
 Una noche abrieron los establos, dejaron que partieran  
 lavados por una luna ausente  
 en la oscuridad de la hora anterior  
 al alba, por el aire de un mundo  
 fundido en escarcha. Ni un solo pájaro  
 cantó, los coronó el silencio  
 negro de la noche.  
 Mi padre preguntó si allí podía  
 ocultarse algo, alguien,  
 mucho menos la muerte:  
 ‘¿Dónde guarda la pampa interminable  
 la tumba de mi hijo?’ Ni un solo relincho.  
 El campo siguió drenando

su cerrazón sobre las cosas.  
 Ningún páramo, ningún valle.  
 Sólo la tropilla ennegrecida  
 bebiendo y bebiendo agua negra.  
 En este poema no hay caballos.  
 Una noche abrieron los establos, dejaron que partieran  
 hacia el negro de la noche —mi padre los vio  
 en un sueño años después: ‘Volvían’, dijo.  
 Eso fue todo y era tal la calma  
 que nos oíamos respirar y sentíamos miedo.  
 Después, pensamos en mi hermano  
 que duerme en la tierra acurrucado  
 por el sufrimiento de los otros  
 y nosotros también nos perdimos por su pozo  
 —vimos de nuevo partir a los caballos.  
 Nos pusimos de rodillas y junto al río  
 bebimos como un animal  
 nos volvimos sombríos  
 al entusiasmo de la vida.  
 Nos detuvimos frente a la muerte y recordamos  
 otra vez que los caballos partieron,  
 que sus cabezas  
 apuntaban hacia la eternidad.

**VALERIA MEILLER.** Escritora y académica argentina. Es autora de los libros de poesía *El Recreo* (El Fin de la Noche, 2010), *El mes raro* (Dakota Editora, 2015) y *El libro de los caballitos* (Caleta Olivia, 2021). Actualmente vive entre Nueva York y San Antonio, donde trabaja como profesora en el Departamento de Literaturas y Lenguas Modernas de la Universidad de Texas. Es doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Georgetown y licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires.

## Poemas

Edgar Pou

### Sujeto sä so desconjugándose

Pásame el ta'anga del yo  
Y te explico:  
Si poemo es nel adentro de ningún afuera  
Olvido por frotación humea mi flor decir  
Busco derretir del vacío lo veloz  
Beso como asfixia pererí  
beso sin sapo  
Esa muerte miximí  
bajo continuo de la lluvia  
Infinita bocanada de neutrinos  
Goteantes cuervos mera inminencia  
Mera inminencia nel espejo never more  
Sobre  
Vértice húmedo llamada ubre vulva uva  
luna mengua que no responde  
cuento que callo cuento al revés las sílabas  
de cada instante en la dentellada de la espera  
sapyamí opopova sin nombre  
Carona geométrica en tu sangre  
Para escribir este poema  
me como las migajas que dejaste

la caspa del Cristo  
su viruta del madero en nado libre  
Este tripp es un traje para no volver  
Cada paso tuyo pisa el vestigio de una sed  
Premonición no es promesa me digo  
Cada paso mío triza la piel translucida  
de la cigarraderviche ojereva ojereva  
desnudando pukavy infinito.

### Rehenes sin tarot

los segundos, minutos, horas de ese día  
que vendrá como se ha ido  
caballo loko de ojos abiertos al fuego  
o cerrados de infinita paciencia  
los platos donde el verde come lluvia  
he de arrojarme de moneda,  
desnudo y manoseado  
aunke brillante like smiles di orcas  
kizá es la inminencia de la sangre en flor  
la que llama o llamea eskivando karmas o desatinos  
nesa punta iguana de la lengua del agua  
girada remolina  
intacta por invisible  
despierta por lejana  
es decir, tu voz  
que me alcanza.

### **Galu**

anda suelta debajo del hoy sin medicina  
 la family sem way da poesía  
 del viento la makumba de las aspirinas  
 la mosca del amor  
 un jale del frasco vencido dil koe yu  
 están creciendo los huesos de la presa azul  
 hablo desde la olla  
 y los hechizos sicarios del jazzmin apostado  
 sólo platos ciegos  
 dame besos gratis en un belgrano de piedras  
 ninguna línea explota del blanco al negro  
 hay sal arrojada hay perros perdidos que no olvidan  
 cantas y aparece el mar

### **4ta estación: Jesús babea ante las madres**

hand make me yiyis sin esquecimientos  
 como si al levantarme de la cama  
 sintonizara consejos como:  
 más vale un pestañeo que 1000 te veré  
 no empezar por el ojo del cuervo la mañana  
 ostras que comerán caligramas bostezos semen seco  
 para qué miento para mí que giro y giro  
 adusto abrevo pergeño la desnudez  
 di una dislexia miximi (poroto)

### **Candy ndeve guara**

mio sapukai iba a buscarte  
 nde rekavo alem das aleas del entresueño  
 o detrás de los roperos a cuotas  
 donde escondías tus kunuús di plastic toy  
 afilaba mi lirismo na zancadilla del afilador de cuchillos koreanos  
 eras una voz de niebla en un paisaje underó  
 ñembo ñasaindy kriptonita  
 telenovela pra zombies  
 el kiriri te mordía las comisuras azules  
 tocaste el incendio pererí  
 ubicua entre los kururús maestros del espasmo  
 eras del mar pero te hicieron una estatua entre los takurús  
 nesos ojos la piedad ya hay entregado  
 todas seus deusas sin enigma  
 natekotevei uma stigmata  
 nadie esperaría menos  
 de esas alas y su jadeo fulminante  
 ese calor sin nombres para la tregua  
 el despertar de la lluvia  
 o tus colmillos una de estas tardes  
 desbaratarían todo  
 y nadie siquiera conoce de dónde te vienen  
 umi panambi jus like honey just like honey...

### **Bartleby jeyma**

non me decido nin me abro  
 curto esta espera como un traje de alkiler vencido  
 non me decido nin estallo  
 apenas falo  
 como si el naikatui over and over  
 fora um aguará non mans land  
 como si nel event horizont del avá cinzento  
 maniatado por el humus  
 under kiriri del amiguito hongo  
 cantando opivo  
 el resto del poema fora um clochard  
 que diz : “ñuati es la luz  
 de sus mismos cuerpos  
 el terciopelo hu verá  
 lo que sangra cuando se acercan al límite  
 salpicados de pirí & koe para para”

### **My Stepdaughter is Ao Ao**

Al abrir este poema sonsaco peteim interrupción  
 Espacio sin tiempo el bis de la versa  
 Kumbianba white trash deep deep inside  
 La kolita culebrona de la merca  
 Ere Ere a  
 whatever nel guiño o el espasmo  
 los abrazos gratis los zumbidos espesos  
 trae tus metáforas enfermas  
 hoy habrá milagros  
 acanallar adjetivos y darles desde el tris

a tus ojitos directo non fallar  
 a tus ojitos directo non fallar  
 El olvido es lo importante dirás  
 el resto son papos di cuerpo con otros cuerpos  
 Sapyante la vida fica nu air  
 desnudes sin mar digo yo  
 mirar de vyraus se incendian di algo mais que distancia  
 Non basta saber el cuándo del paso de los pássaros  
 Esperar es una tarea de muito invento de por medio  
 Como ver carne como comer carne  
 Como ser carne como comer carne  
 Sin repetirse y poder adora  
 rel kunú u di secrets insectos  
 polinizarnos como hongos  
 Jactarse de la paciencia del deseo: oscuro foso ovetá clausurado  
 La sal a gusto of course  
 las rulletes giran nel través del asayé  
 las rulletes giran nel través del asayé  
 Acción sin tomas ruido de gomas asma de grifos  
 El acercarse y encender agujas michimí  
 por los cardúmenes del orgasmo mbae  
 refresh  
 prendido so on neste som  
 prendidos neste sonho las hélices se oxidan  
 los ñahatìs son blues son de colexion  
 nda ha sei sin dizer efímero efímero efímero  
 efímero efímero efimero

## Ja je abrí koa gui

el mua mua loko sale a vagalear  
 los yaguas very hakus salen a patear  
 las yiyis electrizantes salen al no mar  
 el geko insomne salta across la calora  
 mil poemas okapú  
 sin permiso  
 nesas lenguas di ñakanina  
 ir ir ir over tutti  
 ñembo easy rider mbarakayá  
 el ñekarai de pieles nel distance nunca será igual  
 nin el polvo kabron se kiere kedar  
 niai pega ficar  
 dizque nel good sense di este avatar

## Poexias miximi escritas nel urtimo asiento de la línea 30

Ñakyra purahei o u & o ho ha nde nereime  
 el canto de la cigarra viene y va  
 y vos no estás

le chant de la cigale va et vient  
 et vous n'êtes pas  
 the song of the cicada comes and goes  
 and you're not

## Pa Majo

cabar cabar  
 sou um topito kafkiano  
 entrando nel vaivento  
 remolino apytere  
 como un pequeño akutagawa lleno de historias  
 cada palabra puede ser una puerta  
 ábre las todas y besa lo que ha dejado  
 de mí, el zigzag das cigarras...

## Na se sei che korazao gui mitakuña mutante

Ndeve guara un abrazo ciego  
 nel susurro verde de esos vagalumes  
 ndeve guara la noche que se spalha over there  
 Como um pukavy eléctrico  
 Ere eréa: tuy en alas de ñakya  
 persiguiendo teu korazao mirim  
 Kalora o aka nundu, lo mesmo da  
 por un sueño de mandarinas  
 and somebody call you & you answer close slowly  
 ha e sapymi ante la pantalla que finge  
 una deriva blue purete nel mar de discovery channel  
**&&&&&&**  
 En Paraway, no matter che kapé  
 En Calle Última te espero  
 el crazy crack baratelly nos llevará any where  
 donde las yiyis serán todas esclavas  
 kantoras mimbipá de caderas sherezades  
 hablaremos el rumano de los tokes infrajzmines

el bisbiseo Ao Ao de la niebla  
 no habrá más distancia que soñar  
 no habrá más dudas para voce chamar al 0900  
 Es Paraway meu broder  
 che hina el perfecto agonista, el petei versus infinito  
 Tape poí break on through  
 por ese bosque opivo das metáforas imposibles  
 saltemos de este tren  
 over este ka'aru que non ti espera  
**&&&&&&**  
 Valeu, dejemos de espiar al azar:  
 no hay llaves nin puertas  
 no hay preguntas ni respuestas  
 sólo avave vai te esperar  
 avave es el nome de nosso kape universal,  
 zarpaste desde la primera copa al atardecer?  
 o acabas de arribar desde la orilla del humo?  
 e pay: abrir los ojos es desnudarse o empezar a morir  
 abrir tus manos como si tiraras una botella al mar  
 el oxígeno fugaz hendy nesos esquecimientos portátiles  
 y só la sangre feiz Play nel silencio  
**&&&&&&**  
 ko a pe nel kora ñaña  
 de las venas  
 el sol desatado de la risa  
 okapu como pororó la música  
 de todas las yvotys robadas  
 por el ñacanina del tiempo  
 zarpadísimos vamos a rolar  
 hacia un kunu'ú de viento, hormiga, poeira,  
 humo, semilla, palabra y salivas

reskatando ese  
 kiriri hechizado de las moñai.

Uma yiyi bebiendo niebla  
 nem tudo é assustadoramente frágil  
 como o grillo scracht  
 oñakaramava over os vinilos pretos  
 quando a boca se abre  
 ou uma ferida é fechada  
 cracking di ybotys procurando mentir uma veiz más  
 vento vagando por surcos concêntricos  
 o beijo que se arruga  
 como um origami seco  
 nós jogamos o rollplay de sangue  
 tudo será como yo quero:  
 excepto a astúcia do perdão  
 tutti nos será permitido.

### **Karpeta**

Na rekoi la conection meu amore  
 Te escribo rasgando la luz kuruvikada  
 komo si la luz sólo fuera el recuerdo  
 de las abejas disecadas numa galaxia  
 donde alguna vez hubo miel.

**&&&&&&**

Devagar vou inventándote  
 Como esa chuva nel mar de los ojos del infierno  
 dentro de una esfera de sal  
 voce prometeu saltar antes

de que las venas de alambre zarparan  
hacia este mar rojo  
tratando de desvariar el password de mi sangre  
nua como nieve o espuma  
el estallido es igual  
la fulguración del hongo  
vai dizer la palabra final.

&&&&&&

el día es un potlach de hojarascas lujuriosas  
el día y su celofán de kontrabando  
desgastan tu pestaño nandi vera  
yo soy el ladrón del agua  
desciendo a los cristales perplejos de tu ombligo  
para aprender cómo é o som da dor  
la calora pukavy olhandome desde el sueño.

&&&&&&

soy el sueño del mezcal  
la piel de la ayahuasca  
mordiendo como mi último amuleto  
el himen de tu risa que desarma la lluvia  
los sollozos en la cabina translúcida  
de la ciudad sitiada por un billón de tukús  
naikatui naikatui eu non posso eu non posso  
recordar cómo tocarnos ya  
como violines lokos o espadas sin dueño.

No soy cualquier um  
Koa la che voz  
Sólo nombro esa parte  
Nderakore que ainda  
falta estallar.

Como um mbarakaja michimí loko y vagabundo  
ando buscando a mia raza  
nel cemento da calle última  
por el mercado 4 de la vida  
avave avave vou gritando como un churero  
sin carrito nin 4x4 avave avave  
con mia poesía de ceniza en stereo.

### **Pideo**

Eme e cheve 1.000

Razones para no ser

A areia ardente bajo teus pies

**EDGAR POU** (Barrio Obrero, Paraguay, 1969). Poeta y editor. Integrante de la editorial artesanal Avagata Kartonera. Realizó talleres de escritura creativa en las cárceles de Paraguay y en la cárcel de mujeres de Rosario, Argentina, y dio talleres de lectura y libros artesanales en los barrios periféricos de Paraguay. Coprodujo el CD de poesía *Guatapu, voces poéticas de América Latina* (2016).

## Dos poemas

### Arrebol

#### Vaporwave

cáncer.wav holograma plaza  
elevador espécimen fumando crack  
sin conciencia, delirio de compras 100%  
nueva nostalgia euphoria esta noche esqueleto  
virtual hotel disquete virtua.zip  
f a n t a s í a g h o s t i n g  
(full album) taspo volumen 15 ntsc  
floral shoppe 2.wmv  
incubo 1995 club de internet cristo  
no live matter (prism) 200% electrónica  
perturbada kpop band arte sextape  
breakcore mix morning by Boards of Canada  
compre ahora compre mañana compre ácido  
compre rave RPG sin vidrio  
compre of Montreal sin sufrir en silencio  
no sufra en silencio track 7  
en algún momento del futuro  
ev.exi sintético es mi muerte o summer love  
tienes visión de memoria simulada  
no recuerdas tu sueño vhs  
le lloras a la piscina with bonus track

cánsate de mí, *deathconsciousness*:  
*we're open*.

#### Quién es la música experimental

Los futuros + autónomos  
con la webcam

—arte visual del depósito

están disponibles como libre descarga  
en doce *tracks*  
el tercer álbum que recibimos desde 2015,  
el año de la música Serpiente,  
que llegó de PAN, pangénero de electrónica  
empujando *soul, pop, ambient,*  
*psych rock* y *jip jop*.  
Tú dijiste  
entre 1 y 20 cuartillas

las reglas de su funcionamiento

y la conformación de las estéticas,  
mi nariz, mis orejas,  
la forma de mi cabeza

guardaste en memoria USB  
distante en múltiples centros  
de ese ejercicio colectivo

herramienta visual  
(para que estorbe)  
el loop de Anya

entre hongo y alga  
el pie desnudo

representa muy literal en teatro: sinécdoque  
cenital pantalla, etcétera, los árboles

de una realidad social diferente  
desde 2018  
varixs artistas  
primera compilación  
*ok, medium*  
fr3sh

*ambient tracks*

*collating unreleased light*

considerada humana

(revela con oídos

melancólica edad de *remix*)  
incluye *unlimited streaming* vía la aplicación

recuerdo mis sueños del mundo,  
descargué su versión MP3,  
la FLAC

de esta amada y no humana migración al mar  
aprecio su materialidad\_\_plantitas  
invisibles el signo es un *cassette* de un ojo  
cicatriz dividida *feat* Lolina

Movimiento Para Cambio  
flores químicas

re-ingeniería de bóvedas

la mirada misma que nombra

*aka* poema cibernético boca comercial

devoción de la imposible simetría

intersex

clásicos del baile vol. I y II  
prototipo vainilla  
pronóstica  
inanimada

máquina ruina nostálgica  
y un par de ballenas  
unidad 2669

interferencia protogravedad  
demónica tierra clónica  
oÍDO pesTAÑEO  
acá *feat* Arca (&&&&&)

mugre y glitch en cortes de sonido

post-club

*reworking fluid mixtapes*

del trauma, la inocencia

el miedo a la muerte y mis *kinks*  
mucha mota y el sentido de la liturgia  
a una década de muertx  
accedo al multidisciplinar  
de plataformas para prácticas  
de experimentación y curaduría de hábitos  
versión *avant-garde* setentas  
y conversación *visual media*

escena digital fomenta edición física

*high quality*  
*spectrum* musical  
Máster Internet De Las Cosas  
*Internet of Things Industrial*  
programa *online*  
¿puedo reproducir

la belleza de lo roto 3x7  
si descargo  
vidrios en formato JPG?

ARREBOL (Tijuana, Baja California, 1997). Licenciadx en Lengua y Literatura de Hispanoamérica por la UABC. Ha publicado los libros *Humanx.Átomo* (Revista Zompantle, 2022), *Me acuerdo del fin* (Pinos Alados Ediciones, 2022) y *Derretida* (Grafógrafxs, 2023).

## ¿Cómo se dice amor en las periferias?

Eva Bidegain

¿Las semillas de los vertederos brotan del plástico?  
¿Los líquenes despellejan las secuoyas?  
¿Las hormigas cavernaron para esta temporada de huracanes?  
¿Las ortigas también florecen?

¿Cuántos destellos caben en la atención?  
¿Se ablandan los dientes con miel?

¿Cuántas montañas se convierten en hierro?  
¿Cuánto oro reposa en los riñones?  
¿Los pájaros desconfían de los drones?  
¿A qué sabe el óxido con sangre?

¿Duermen las ballenas luego de los flashes?  
¿Por qué humedecen frente al mar las vulvas?  
¿Somos la presa de los gatos?  
¿Las vacas se volverán seniles?

¿De noche los helechos abren las ventanas?  
¿Sin led ni estrellas, la noche es fluorescente?  
¿Por qué los cuervos dejan de graznar en la noche?  
¿Los hongos debajo de mi cama se alimentan cuando duermo?

¿Qué señala el meñique?  
¿Lo pegajoso en mis dedos toca el mundo igual?  
¿Por qué la alianza sólo cabe en el anular?  
¿Me volveré Buda si me mutilo el pulgar?

¿Cuántos bombardeos caben en un suburbio?  
¿Cómo se dice amor en las periferias?

**EVA BIDEGAIN** (Buenos Aires, Argentina, 1980). Etnógrafa y documentalista. Ha cursado estudios en Antropología Social, Artes Visuales y Periodismo. Textos suyos aparecen en diversas revistas, como *Perros de la Calle*, *Indisciplinadas*, *Sapos y Culebras*, *Mayéutica*, *Cruz Diablo* y *Amazonas*. Es integrante del taller de poesía de *Grafógrafxs*.

## Ivancito el preguntón

José Edmundo Hernández

Me gusta botar mi pelota, pero deja de botar y siempre tengo que levantarla y volverla a botar. ¿Por qué se acaba? ¿Por qué no puede durar para siempre? Desde que me acuerdo, me dicen Ivancito. Mi mamá me dice Ivancito el Preguntón.

Siempre hago preguntas a mamá, papá, a *miss Rosy*, a Pepe, Rotly, a la tía Lucy y al abuelito Melquia.

Cuando le pregunté a mi mamá qué es la lluvia, dijo cosas como gravedad, tensión superficial y precipitación. ¿Les digo un secreto?: nunca entendí por qué mi mamá me dijo esas cosas. Después descubrí que la lluvia es cuando las nubes (que son de algodón) se rompen y el agua se tira haciendo un reguero. Yo creo que por eso a mi mamá le molesta que llueva, pues pone una cara igual que cuando se me cayó el vaso de agua en la mesa. Hice un reguero y no dejó de regañarme hasta que se le olvidó.

“¿Qué son los amigos?”, le pregunté a papá. Él sólo dijo, con voz mandona y regañona, cosas como fraternidad, lealtad y confianza. Yo no lo entendí, aunque no se lo dije. Pero yo sé que Pepe es mi amigo porque jugamos futbol y a veces a las escondidas. Cuando Pepe no quiere jugar ni futbol ni a las escondidas ya no es mi amigo. Pero otros días sí que jugamos y somos los mejores amigos.

Otro amigo mío, aparte de Pepe, es Rotly. Rotly es mi perro y está conmigo desde que recuerdo. Rotly juega mucho y le gusta que yo lo acaricie; siempre huele a pasto y a tierra. Me gusta

acariciarlo porque es suave y no deja de mover sus patas de felicidad. Un día ya no quiso jugar; lo vi en el patio sin moverse y no respondió cuando le hablé. Mi mamá me explicó que a eso se le llamaba muerte, y me dijo cosas como trascender, pasar la existencia a otra dimensión. Yo sólo sé que la muerte es estar frío. Rotly estaba frío y tieso cuando lo enterramos en el patio. A veces lo extraño. Bueno, eso me dijo mi mamá que siento cuando quiero jugar con Rotly y no puedo hacerlo. Extrañar me pone triste, eso no lo tuve que preguntar, yo lo descubrí solito cuando una vez vi a mi papá llorar y mi mamá me dijo que lo dejáramos solo, que estaba triste. A veces recuerdo a Rotly, lo extraño y eso me pone triste.

—Oye, papá, ¿qué es la vida? —pregunté.

—No andes preguntando cosas, Iván, ve y pregúntale a tu madre —contestó con voz enojona.

—Mamá, ¿qué es la vida? —pregunté.

—Mira, Ivancito —respondió después de observarme por mucho tiempo—, si no dejas de hacer preguntas y no te pones a recoger tu cochinerito, por tu vida que te voy a castigar.

No sé qué es la vida, pero mamá cuando me habla enojada me da miedo.

Decidí no preguntarles más, pero el lunes en el recreo, cuando estábamos jugando futbol, Pepe se me acercó para recoger el balón después de un gol que me había metido, y volví a la carga: “Oye, Pepe, ¿qué es la vida?”. Pepe es muy distraído y de seguro no entendió nada, porque tomó el balón y sin dejar de mirarme despejó y me dijo: “3-1, Ivancito”. Luego se fue corriendo. Ya no le volví a preguntar porque le comencé a decir que ese gol no había valido.

Aunque Rotly no hablaba, si dejara de estar muerto, le preguntaría qué es la vida, pero ya no quiero pensar en Rotly porque lo extraño y me pongo triste.

Mi maestra de segundo se llama *miss Rosy*. Ella me agrada porque es muy sonriente, siempre huele a chicle y sabe muchas cosas. Cuando no sabe algo, lo busca en sus libros. Pero no entiendo por qué después de preguntarle qué es la vida, me tomó de la mano y me dejó en la dirección hasta que llegaron mamá y papá. No sé qué les dijo, sólo sé que mi papá me llevó al coche apretando mi mano muy fuerte y mi mamá me observaba todo el tiempo. Esa noche escuché cómo hablaban muy enojados. Sus gritos no me dejaron dormir. Después de sentirme triste, decidí ya no preguntarles más a ellos.

Al otro día mi papá llegó con un regalo para mí. Con voz seria y algo enojona, me dijo: “Se llama Hércules y debes cuidarlo muy bien”. Hércules me agrada, pues es una tortuga tranquila que se mete por mucho tiempo en su casa. Siempre huele chistoso, como huele el cuarto donde mi mamá lava la ropa. Hércules de seguro sabe qué es la vida, pero nunca puedo preguntarle porque cuando quiero hacerlo y me acerco, se esconde y no sale hasta que yo me voy de su pecera. Por eso no puedo saber su respuesta.

El lunes me quedé en casa de tía Lucy. No me agrada porque siempre está hablando por teléfono y no me hace caso. Además, su casa huele como cuando mi mamá pasa el trapo limpio por la mesa. Yo estaba sentado en el sillón esperando a que Hércules saliera de su casa, cuando tía Lucy pasó diciendo: “Es que la vida es complicada, la vida es difícil”. Creo que por eso siempre está triste. La he visto estar triste muchas veces en la cocina, cuando piensa que estoy dormido o que estoy jugando en el patio.

Ayer vino mi abuelito Melquia. Él me agrada también. Cuando no está dormido juega conmigo y tiene su propio olor. No he encontrado el olor de mi abuelito en otro lugar. Ayer me espantó, porque yo estaba distraído observando a Hércules, y me preguntó:

—Ivancito, ¿qué estás haciendo?, ¿por qué estás tan callado?

En lugar de contestar su pregunta, yo lancé otra:

—Abuelito Melquia, ¿qué es la vida?

Recuerdo que se me quedó mirando y pensé que me regañaría como mamá, papá o *miss Rosy*, o que no me diría nada, como Pepe.

—Ivancito, escucha bien lo que te voy a decir. Ponte de pie y respira profundo. —Sin pensarlo, me paré y respiré lo más que pude—. No, así no, más despacito, que pase el aire poco a poquito. —Lo volví a hacer más despacito y lo hice dos veces más como me dijo. Se acercó sin quitarme la vista y escuché nuevamente su voz tranquila—. Cuando tengas ganas de preguntar qué es la vida, respira como te dije y algún día entenderás que eso es la vida.

¿Por qué nadie quiere decirme qué es la vida? ¿Por qué no es tan fácil como saber qué es la lluvia o qué es tener amigos o qué es la muerte o por qué mi pelota no bota para siempre? Ahora, cada vez que quiero preguntar qué es la vida, hago lo que mi abuelito Melquia me dijo: respiro lento. Y después de sentir cómo el aire frío pasa por mi nariz, me acuerdo de mi mamá, de mi papá, de Pepe, de Rotly, de Hércules, de *miss Rosy* y de mi tía Lucy. Y pensando en ellos recojo mi pelota y comienzo a botarla otra vez.

**JOSÉ EDMUNDO HERNANDEZ** (Toluca, Estado de México, 1989). Licenciado en Composición Musical, pasante en Instrumentista Musical en Guitarra Clásica y en la licenciatura de Contaduría. Obtuvo la Beca del Fondo de Cultura y las Artes del Estado de México en 2017. Es integrante del taller de narrativa de la revista *Grafógrafxs*.

## Doscientos canguros\*

Diego Muzzio

*Para Peggy y Léa*

—¡Y no te vayas a olvidar de lo que te dije! —exclamó Mercedes sacudiendo el dedo índice frente a los asombrados ojos de su hermana menor.

Valentina asintió y, evitando de un salto un enorme oso de peluche abandonado panza arriba en medio de la habitación, corrió hacia la ventana. Antes de llegar, uno de sus pies embistió un pliegue de la alfombra y estuvo a punto de caer, pero en el último instante recuperó el equilibrio y, bamboleándose hacia un lado y otro, completó el recorrido indemne. Una vez frente a la ventana, se puso en puntas de pie e intentó mirar hacia afuera, abajo y a la izquierda, en dirección al jardín del vecino. Tenía cuatro años, la ventana era demasiado alta y lo único que alcanzó a ver fue un rectángulo de cielo azul, limpio y perfecto, entre las incompletas copas de media docena de árboles.

—¡Alzáme...! —gritó Valentina, levantando los brazos.

Mercedes resopló y guardó en su mochila el libro que estaba leyendo, *Just So Stories*, de Rudyard Kipling. Unas semanas atrás había cumplido nueve años, pero, quizás a causa de su pelo lacio, de un rojo intenso, o a la palidez de su piel y a los afilados rasgos de su cara, o a su cuerpo esmirriado, o más probablemente a la actitud inquisitiva y crítica que adoptaba frente al mundo,

\* Este cuento forma parte del libro *Doscientos canguros* (Editorial Entropía, 2019).

parecía mayor. Era una lectora incansable, y solía inmiscuirse en la conversación de los adultos, opinando con desparpajo sobre cualquier tema, empleando en esas ocasiones un vocabulario demasiado amplio y específico para una chica de su edad.

—Todavía es muy temprano. Están durmiendo —afirmó Mercedes.

—Quiero ver, quiero ver igual...

—Ya te dije que no están.

Mercedes cerró la mochila y avanzó hacia la ventana. Miró hacia abajo y a la izquierda. Don Francisco, el vecino, trabajaba en su jardín. Desconcertado, el viejo giraba sobre sí mismo y se rascaba la cabeza, buscando la pala que había dejado clavada en un cantero a sus espaldas.

—Además —repitió Mercedes—, no tenés que olvidarte lo que te dije porque si no, nunca los vas a ver.

—Quiero ver, ¿están ahí, están?

—A ver, repetí lo que te dije.

Valentina clavó los ojos en el techo y, mientras se hamacaba sobre la punta de los pies, se retorció las manitos y mordía con el colmillo la mitad derecha del labio inferior, emitió un largo y dubitativo “eehhh”, casi interminable. Sin embargo, después de aquel momento de incertidumbre, logró recitar la lección que la hermana mayor le había enseñado minutos antes.

—No tengo que darle un beso ni agarrar ninguna de las cosas que me dé y no tengo que jugar con él yyy..., tengo queee..., quedarme sentada todo el día al lado tuyo. Tampoco tengo que correr ni jugar ni tampoco jugar con el perro.

—No sabemos si tiene perro, pero si tiene, no tenés que jugar con el perro. ¿Qué más?

—Y no tengo que darle un beso...

—Eso ya lo dijiste, ¿qué más?

—Y nada más.  
 —Y no comer ni tomar nada.  
 —Sí. ¿Y después voy a poder ver los canguros?  
 —Mañana, cuando hagas todo lo que te dije.  
 —¿Y don Francisco nos va a dejar jugar con sus canguros?  
 —Claro, yo le voy a pedir permiso para que nos deje.  
 —¿Cuántos canguros tiene don Francisco?  
 —Un montón, doscientos canguros, pero ahora están durmiendo, todavía es muy temprano.  
 —¿Están durmiendo en el jardín de don Francisco?  
 —Puede ser.  
 —Quiero verlos, alzáme.  
 —No se ven, los canguros duermen en los árboles. Mañana, te dije.

En ese momento, Laura entró en la habitación dejando a su paso una invisible estela de perfume, mirándose en un espejito y dando los últimos retoques a su maquillaje. Los mismos rasgos que en Mercedes conspiraban para darle la apariencia de una adolescente, se repetían en la madre arrojando un resultado diametralmente opuesto: Laura tenía treinta y cinco años, pero parecía mucho más joven. Era alta, pálida, delgada, pelirroja; a diferencia de su hija, llevaba el pelo corto, desflecado y revuelto.

—¡Pero, Valentina, todavía no te cambiaste! —se quejó Laura mientras intentaba borrar una mancha de rímel olvidada junto al vértice de su ojo derecho.

—Mami, quiero ver los canguros.

—A ver, vení para acá que te saco ese camisón. ¿Vos ya estás lista, Mecha?, ¿guardaste todo en la mochila? Bueno, acordate de lo que te dije. ¡Valentina, quedate quieta por favor, si te movés así no te puedo cambiar! ¿Te acordás, no? Mecha, ¿me oís? Espero que te comportes como una señorita.

Mercedes no contestó. Se alejó de la ventana, se sentó sobre la cama y clavó los ojos en el suelo.

Laura terminó de vestir a Valentina, bajaron la escalera, salieron de la casa y subieron al auto.

Una hora y media más tarde, después de que los guardias de seguridad que custodiaban la entrada sometieran a Laura a un breve interrogatorio y exigieran anotar en sus planillas los números de los tres documentos de identidad, el coche transpuso los límites del *country*. Laura manejaba mirando al mismo tiempo el GPS. A ambos lados del camino se alineaban casas lujosas, rodeadas de jardines; el canto de los pájaros y el ruido de los aspersores se mezclaban en el aire tibio. Valentina observaba el paisaje, los labios apoyados en el vidrio de la ventanilla. En un momento, llamó la atención de su hermana para señalarle un perro que corría junto al auto, pero Mercedes, hundida en su creciente malhumor, ni siquiera la miró.

Laura llegó a la dirección y estacionó frente a una casa moderna, aplanada, fría, con amplios ventanales sin rejas y un sendero de lajas negras que llevaba a una puerta de madera.

Apagó el motor, giró y miró a sus hijas.

—Ya saben, eh, pórtense bien: no me hagan quedar mal.

La puerta de la casa se abrió y un hombre avanzó hacia el auto. Tenía unos cuarenta años, era de estatura media, delgado, de piel bronceada —con esa coloración inconfundible que la cama solar imprime en sus víctimas— y el pelo gris, corto y peinado con gel. Se movía con soltura, como si tuviera plena conciencia de su excelente estado físico. Usaba lentes oscuros y la ropa que vestía —una remera polo azul marino, pantalones blancos y zapatos náuticos—, parecía recién comprada.

—¡Al fin! —exclamó el hombre deteniéndose a mitad de camino y abriendo los brazos—; ¿tuvieron problemas para encontrar el lugar?

—No, nos retrasamos un poco antes de salir de casa —dijo Laura al bajar del auto.

Luego de rodear el vehículo, Laura emprendió una breve carrera; los tacos de sus zapatos repiquetearon sobre las lajas del sendero. Al llegar junto al hombre, dejó caer una mano sobre su hombro y lo besó en la mejilla.

—Bueno, ya están acá. ¿Y estas hermosas señoritas? ¿No van a bajar? —preguntó él, avanzando unos pasos hacia el coche.

Valentina miró a Mercedes, quien permaneció inmóvil, la mochila apretada contra su pecho.

—Vamos, chicas, es un día precioso —dijo Laura.

Resoplando, Mercedes abrió la puerta y bajó del auto, arrastrando la mochila tras de sí. Valentina la siguió. Una vez en la vereda, permaneció junto a su hermana, observando al desconocido con desconfianza y sin pestañear.

—A ver, déjenme adivinar —dijo el hombre, acuclillándose frente a las chicas—: vos debes ser Valentina, y vos Mercedes...

Valentina asintió, hurgándose la nariz. Después de inspeccionar la yema de su dedo, escondió las manos tras la espalda y se hamacó hacia adelante y hacia atrás sobre las puntas de sus pies.

—Hola, yo soy Richard.

—¿No le van a dar un beso a Richard? —intervino Laura.

Valentina negó, sacudiendo la cabeza, mientras Mercedes, con el ceño fruncido, estudiaba la casa por sobre el hombro de Richard, como si este fuera un estorbo inesperado en su campo de visión.

—Chicas...

En la voz de Laura había reproche, una orden velada, pero ninguna de sus hijas se movió.

—A lo mejor más tarde, ¿no? —propuso Richard, poniéndose de pie—. Entremos, el jardín les va a gustar.

Detrás de la casa se extendía un amplio jardín que lindaba con un campo de golf. El límite entre ambos estaba demarcado por una escuálida hilera de setos recién plantados, insuficientes para sugerir una verdadera separación, de modo que el parque parecía continuar indefinidamente, sin interrupción, hasta donde alcanzaba la vista. Las lejanas y blanquísimas siluetas de los jugadores de golf se movían con pereza a la distancia, envueltas en el reverbero del sol. En el centro del parque había un lago artificial y, amarrado en la costa, un bote de remos. Al borde del lago, robles, eucaliptos y plátanos esparcían su sombra sobre el césped recién cortado. Bajo los árboles, sobre una mesa cubierta con un mantel floreado, esperaban las bebidas y el almuerzo.

Los adultos se adelantaron. Richard rodeó la cintura de Laura, la atrajo hacia él y le susurró algo al oído. Ella llevó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada. Cuando llegaron junto a la mesa, Laura continuaba riendo. Richard estudió las etiquetas de las botellas y, después de elegir una, llenó dos vasos con hielo.

Mercedes arrastraba la mochila sobre el césped, y Valentina la seguía canturreando una canción y dando saltitos.

Después de estudiar el lugar, Mercedes se detuvo y, con una mueca de fastidio, se sentó bajo el sol, muy lejos de los árboles y la mesa, abrió la mochila y sacó el libro de Kipling. Valentina miraba extasiada a su alrededor: de pronto, reparó en el lago y en el bote.

—¿Puedo ir a mirar el bote? —preguntó Valentina.

—No —respondió Mercedes.

—Quiero ir a mirar el bote.

—Basta, sentáte acá y dejá de molestar.

Valentina resopló, se sentó junto a su hermana con las piernas cruzadas y, después de mirar sin ningún interés el libro que Mercedes leía, arrancó un puñado de pasto y lo arrojó al aire. Aunque intentaba disimularlo, sus ojos se desviaban en dirección al lago.

—Chicas —gritó Richard—, ¿quieren una coca?

—Vengan —agregó Laura, haciendo señas con la mano.

Mercedes no levantó los ojos del libro, pero Valentina se incorporó de un salto y empezó a correr en círculos alrededor de su hermana.

—¿Puedo tomar coca?

—No —gruñó Mercedes.

—Pero tengo sed.

—Hacé lo que quieras, pero ya sabés, no vas a ver ni un solo canguro.

—Tengo sed, tengo sed, tengo mucha sed... —repitió Valentina.

Interrumpiendo de pronto su frenética carrera, agregó:

—Igual, papá me va llevar a ver los canguros de don Francisco.

—Papá no te va a llevar a ningún lado, estúpida —sentenció Mercedes.

—Sí que me va a llevar.

—No, papá se fue con los abuelos.

Dando por terminada la discusión, Mercedes volvió a la lectura de su libro.

Valentina resistió aún media hora más. Poco a poco, sin dejar de observar de soslayo a su hermana, fue acercándose cautelosamente a la mesa y, cuando creyó que nadie la veía, se escabulló bajo el mantel. Richard le ofreció un vaso de gaseosa. Valentina estiró el brazo por debajo de la mesa, agarró el vaso y bebió a escondidas.

Un rato después, había olvidado las repetidas recomendaciones de Mercedes y, ya sin ninguna precaución, se atiborró de

comida y tomó prodigiosas cantidades de gaseosa. Más tarde, dejó que Richard la cargara sobre los hombros y le mostrara el jardín, el lago y el bote. Richard y Laura llamaron reiteradamente a Mercedes, pero ella permaneció sentada en el mismo lugar, ausente y orgullosa, con el libro, que ya no leía, abierto sobre las piernas. Rechazó todo lo que Richard le ofreció de comer y beber, incluso el helado, los caramelos y los chocolates.

Por la tarde, cuando su madre, su hermana y Richard salieron a dar una vuelta en bote, Mercedes se desplazó con su mochila bajo el reparo de una ligustrina. Valentina la saludó agitando la mano, y después se inclinó sobre la borda para acariciar el agua o intentar tocar a los peces que seguían al bote, atraídos por el alimento que, entre dos golpes de remo, Richard iba dejando caer sobre la superficie del lago.

Al regresar del paseo, Laura se acercó a su hija mayor y se sentó junto a ella. Durante un rato, permaneció en silencio, arrancando briznas de pasto, pensando, buscando la manera de hacerla cambiar de actitud. Le preguntó si no tenía hambre o sed. Mercedes negó con la cabeza. Laura suspiró. Arrancó una florcita silvestre y se la puso detrás de la oreja, pero Mercedes se la sacó de un manotazo. Laura dijo entonces que le partía el alma verla así, triste y malhumorada, que, si ella quería, podían salir de nuevo en el bote y darle de comer a los peces, que aprovechara aquel día maravilloso y disfrutara del jardín. Sin embargo, a medida que avanzaba en su titubeante monólogo, y al comprobar que la fría actitud de Mercedes permanecía inalterable, Laura fue perdiendo la paciencia y terminó susurrándole cerca del oído que si no cambiaba de actitud, durante una semana podía olvidarse de ir a natación o a lo de su amiga Natalia, de la tele, de quedarse leyendo hasta tarde.

Mercedes giró la cabeza y miró a su madre a los ojos. Estuvo a punto de responder que no le importaba, pero a último momento

—como si romper el silencio en tales circunstancias fuera de por sí una inaceptable claudicación—, se arrepintió y optó por encogerse de hombros.

—Muy bien, ya vamos a arreglar este asunto en casa —concluyó Laura, poniéndose de pie y alejándose en dirección a la mesa.

A la caída del sol, Richard se ausentó y volvió a aparecer poco después arrastrando un poni de las riendas. Valentina saltaba, aplaudía y lanzaba gritos de alegría. Richard la alzó sobre la montura y la llevó a dar un largo paseo por el jardín. Mercedes observó la escena desde lejos. Tenía un nudo en la garganta, los ojos llenos de lágrimas. Denodadamente, procuraba mantener la vista en el libro, pero el caballo y los gritos de felicidad de su hermana la hipnotizaban.

En un momento, Richard se acercó arrastrando el caballo de las riendas. Mercedes dio vuelta a una página del libro y simuló que leía.

—¿No querés dar una vuelta? —preguntó Richard.

—Otra, otra vuelta más —gritaba Valentina sobre la montura, pateando los flancos del caballo.

Sin mirarlo, Mercedes negó con la cabeza.

—¿Estás segura? Mirá que te va a gustar... —insistió Richard.

—Odio los caballos —dijo Mercedes.

—¡Qué raro! —exclamó Richard, mientras se acuclillaba frente a ella—. ¿Sabés?, yo tengo un montón de amigas más o menos de tu edad, aunque no tan lindas como vos, y a ellas les encantan los caballos...

—A mí no —dijo Mercedes, terminante—. Además, yo no soy su amiga...

—Si querés, podríamos ser amigos.

—No, gracias, ya tengo muchos.

—Qué pena —dijo Richard—, con las ganas que tenía yo de

ser tu amigo. Igual, dicen que cuantos más amigos tenga uno mejor, ¿no?

—¿Usted es inglés? —preguntó Mercedes de pronto.

—No, soy argentino... —respondió él, sorprendido—. ¿Por qué?

—No, digo, como se llama Richard... —comentó Mercedes con una velada nota de burla en la voz.

—En realidad me llamo Ricardo, pero todo el mundo me dice Richard...

Mercedes suspiró, como si hubiese llegado al fondo de un problema esencial.

—¿Y por qué no podemos ser amigos? —volvió a la carga Richard—. ¿Por mi nombre?

—No, no es por eso. ¿En serio quiere saber?

—Sí, claro.

—Está bien, pero se lo tengo que decir al oído.

—No hay problema —dijo Richard, y se inclinó hacia ella.

Tapándose la nariz con dos dedos, Mercedes susurró algo. Richard enarcó las cejas y, con dificultad, reprimió una carcajada.

—Entonces voy a tener que cambiar de perfume, y a lo mejor también de nombre —dijo Richard, mientras se ponía de pie—. Bueno, princesita —agregó después, dirigiéndose a Valentina—: vamos, otra vuelta más.

Valentina aplaudió y se agitó sobre el caballo.

Mercedes los vio alejarse hacia el lago.

Cuando se despidieron de Richard era de noche. Valentina se quedó dormida enseguida. Mercedes miraba por la ventanilla. Laura intentó mantener la calma, pero aun antes de abandonar los límites del *country* estalló:

—Hoy agotaste mi paciencia, decirle a Richard queapestaba a perfume barato: ¿se puede saber de dónde sacás esas cosas vos?

Y el pobre Richard que había arreglado todo para que ustedes se divirtieran...

—Ni siquiera se llama *Richard*, se llama Ricardo, como cualquier hijo de vecino —la interrumpió Mercedes, pronunciando cada palabra en un tono especialmente calculado para enfurecer aún más a su madre.

—¡Calláte, calláte, mocosa de porquería, o te bajo acá y te volvés caminando! Richard que compró el bote y que alquiló el poni, y todo para que la muy caprichosa estuviera amargada todo el día y, encima, hacerme pasar el papelón de mi vida. Pero esta no la vas a sacar barata, ¿me oís? Ya te podés ir olvidando de natación, de Natalia y de la tele al menos por un mes. Te digo la verdad, no sé qué voy a hacer con vos, Mecha, no sé qué voy a hacer con vos...

Durante el resto del viaje de regreso, Laura descargó la furia que había acumulado a lo largo de las últimas horas. Mercedes, en cambio, no volvió a decir una palabra. Cuando llegaron a la casa eran casi las diez de la noche. Laura cargó a Valentina hasta el cuarto, la desvistió y la acostó en su cama. Mercedes subió detrás, cabizbaja, silenciosa.

—Y ni se te ocurra bajar a la cocina. Ya que no quisiste comer nada en todo el día, vas a tener que esperar hasta el desayuno.

Laura salió de la habitación, dejando la puerta entornada, y se encerró en su cuarto. Mercedes se desvistió, se puso el pijama, se acostó y apagó la luz. Durante un rato largo permaneció despierta en la oscuridad, escrutando el techo y pensando en el poni, en el lago y en el bote. Escuchó a su madre llorar. Era un llanto apagado, remoto. Le costó conciliar el sueño.

A las siete y veinte de la mañana, Valentina saltó a la cama de su hermana y le arrancó las mantas de encima.

—Vamos a ver a los canguros de don Francisco, vamos a ver los canguros...

Mercedes parpadeó, confundida. La luz del sol, entrando por la ventana abierta, inundaba la habitación. Se refregó los ojos y, de pronto, recordó lo que había soñado: su padre se encontraba de pie en la popa de un bote; junto a él, estaba el caballo del día anterior. La pequeña embarcación se alejaba de la costa, perdiéndose en la niebla, y su padre la saludaba con la mano en alto.

Mercedes abandonó la cama y se dirigió a la ventana. Miró hacia el jardín del vecino. Allí estaba el anciano, trabajando, como siempre, emparejando los canteros con una pala.

—¿Están, están los canguros? —preguntó Valentina, dando saltitos.

Mercedes tomó a su hermana de la mano, bajaron la escalera, atravesaron el *living*, la cocina y salieron al jardín. Descalzas sobre el pasto mojado de rocío, avanzaron hacia el fondo del terreno bordeando la ligustrina que separaba los jardines de ambas casas. El ligustro terminaba un metro antes de llegar al fondo, donde había una abertura muy estrecha, cerrada apenas con una rudimentaria puerta de alambre, que permitía el paso de una casa a la otra.

Mercedes se apoyó contra el alambre y chistó con todas sus fuerzas. Francisco alzó una mano a modo de saludo, pero Mercedes, con señas imperiosas, le indicó que se acercara. A su lado, Valentina escrutaba las copas de los árboles, intentando detectar algún movimiento que delatara la presencia de los canguros entre las ramas.

—¡Pero miren quiénes están acá! —dijo Francisco una vez que llegó junto al alambrado—. Tan temprano y ya levantadas.

Con un golpe seco, el viejo hundió el filo de la pala en el suelo y abandonó los brazos sobre el mango. Llevaba la camisa abierta, una bermuda de *jean* que dejaba ver sus pantorrillas marcadas de várices, y un par de mocasines manchados de tierra. El anciano se

sacó la gorra que le cubría la cabeza y se secó la transpiración con un pañuelo arrugado.

Disimuladamente, Mercedes le guiñó un ojo y dijo:

—¿Ya terminó con los canguros, don Francisco?

—¿Los qué? —preguntó el viejo arqueando las cejas.

Mercedes cabeceó en dirección a Valentina.

—Ah, los canguros... —reflexionó—. Bueno, sí, sí...

—¿Los enterró a todos, a los doscientos canguros? —preguntó Mercedes.

—A todos, no quedó ni uno solo.

—¿Ni uno?

—Ni uno, doscientos canguros, todos muertos y enterrados, recién acabo de terminar —afirmó el viejo, alzando, como prueba irrefutable, la pala manchada de tierra.

—Bueno, gracias don Francisco, hasta luego —dijo Mercedes.

—Hasta luego, hasta luego... —saludó el anciano con la pala aún en alto.

Valentina corrió llorando hacia la casa. Mercedes la siguió, pero a mitad de camino se detuvo y se quedó mirando sus pies mojados sobre el césped.

Tenía un nudo en la garganta y le ardían los ojos.

**DIEGO MUZZIO** (Buenos Aires, Argentina, 1969). Es narrador y poeta. En 1991 publicó su primer libro de poemas, *El hueso del ojo*; en 1996 obtuvo el Primer Premio de Poesía del Fondo Nacional de las Artes por su libro *Sheol* (Grupo Editor Latinoamericano, 1997), y en 2000 recibió el Primer Premio Hispanoamericano de Poesía Sor Juana Inés de la Cruz, por *Gabatha* (Conaculta, 2001). En cuanto a narrativa, sus más recientes libros son *Doscientos canguros* (Editorial Entropía, 2019) y *El ojo de Goliath* (Editorial Entropía, 2022).

## Paulina\*

Laura Ponce

Las filas de vehículos avanzan y vuelven a detenerse frente a los puestos de control. Está oscuro todavía y la llovizna de hace un rato perla los vidrios; dentro del colectivo hace un frío de morir. Paulina mira la hora en el celular. Las seis de la mañana. *Va lento el asunto*, murmura entre dientes. Tiene ganas de hacer pis. Los golpes en el vidrio la sobresaltan. La puerta se pliega con un chasquido y suben dos guardias armados; al igual que el resto de los pasajeros, Paulina se arremanga para que puedan escanearle el código de identificación.

Cuando la barrera se levanta, el colectivo arranca perezosamente, pasa debajo del cartel que dice: “Bienvenido / Ciudad Autónoma de Buenos Aires” y toma la subida a la autopista. Paulina no mira sobre su hombro, sabe que los puestos de control y el río van quedando atrás; siente una especie de íntima satisfacción, como cada vez que entra a la ciudad, pero no quiere ponerse contenta. *Es demasiado pronto para eso*, piensa.

Durante el trayecto contempla los parques cuidados, las calles limpias y bien iluminadas, las torres construidas en la Nueva Etapa, y piensa en los que las habitan. Se acuerda de lo que su vieja le ha repetido hasta el cansancio: “Hay dos clases de gente: los que

\* Este cuento es parte del libro *Cosmografía profunda* (La máquina que hace Ping, 2018; Ayarmanot, 2020).

viven adentro y los que viven afuera; a los que viven afuera los dejan entrar solamente para que trabajen en manejo de desechos o en seguridad”. *En realidad es la misma cosa*, se dice Paulina con una sonrisa torcida. Se acuerda del tipo al que tuvieron que sacar, ese que todos los días pasaba frente a su puesto en el *hall* del edificio sin mirarla, como si ella no estuviera ahí; hasta la mañana en que su identificación no pasó por el lector. Paulina se había puesto de pie, se había colgado la tonfa del cinto y se le había acercado.

—¿Algún problema, señor?

—Sí, no sé qué pasa. No me toma la credencial. —El tipo sudaba.

—Permítame —dijo ella.

“Julio Montero / Jefe de Sección”. El de la foto era él, todo se veía en orden y la banda no parecía dañada, pero el lector de acceso volvió a rechazarla. Paulina sabía lo que pasaba; el tipo también, aunque no quisiera aceptarlo.

—Espere, por favor —le indicó.

Pulsó el botón de la radio pidiendo respaldo —a Méndez justo se le había ocurrido ir al baño—, sacó su verificador y pasó la credencial. Cuando vio por el rabillo del ojo que Barbieri y Soto salían del ascensor, confirmó:

—Usted se encuentra desvinculado de la compañía, señor. Tengo que pedirle que abandone el edificio.

El tipo dijo que no podía ser, que debía haber un error. Gritó, amenazó y suplicó, pero lo sacaron a la calle. Al final, antes de irse, tenía la mirada perdida y una expresión que la hizo estremecer. Todos miran de ese modo al final, pero ella nunca llegó a acostumbrarse.

Hace tiempo que no está en el puesto de acceso y son otros vigiladores los que manejan esos casos, pero Paulina evoca con frecuencia aquella expresión, para que no la deje olvidar lo fácil que es caerse de donde uno está, lo fácil que es perderlo todo.

Baja del colectivo en la esquina del playón y mira el celular una vez más mientras camina hacia el edificio: las seis y media; está en horario. A medida que sube las escaleras del frente, ve crecer su reflejo en las paredes decoradas con el logo de NEC.

En la oficina junto al puesto de acceso está Peretti, el compañero al que relevará. Intercambian saludos, las frases de siempre —¿Hace frío? Sí, una barbaridad— y las novedades de la guardia —Sé quemó una lamparita del quinto piso. ¿Lo demás todo normal? Sí, todo normal—. Las doce pantallas frente al escritorio no lo desmienten.

Paulina va al baño a cambiarse y vuelve vistiendo el uniforme. Le queda cada vez más ajustado, pero el pulóver suelto y la campera ayudan a disimular. Firma el libro de novedades y toma servicio. Peretti ya tiene el bolso listo, saluda y se va. Ahora Paulina es la referente, lo que significa que los otros veinte vigiladores del turno están bajo su responsabilidad. Toma la radio y empieza a chequear con las cámaras que estén en sus puestos y listos para el cambio de guardia.

A las siete en punto llama a la empresa para dar el presente y pasar la lista. Durante casi dos horas nada sucede. El edificio entero parece suspendido en el silencio. Luego, en tropel, comienzan a llegar los empleados de la compañía. Paulina se entretiene mirándolos llenar ascensores y hormigear por los pasillos hasta que la actividad se normaliza. Empieza a creer que será un día como todos los demás. Entonces lo vuelve a sentir. No es exactamente dolor, es otra cosa, una especie de señal. Y ya no puede hacerse la desentendida.

Va al baño a mojarse la cara. Se repite que tiene que tranquilizarse, que todo va a salir bien. Se mira en el espejo y no le gusta lo que ve; las ojeras, esas marcas de amargura... Cualquiera diría que tiene cuarenta y cinco, aunque todavía no llega a los treinta.

*El peinado tampoco ayuda*, se dice con una mueca, y se suelta el cabello. Tiene ganas de llorar.

Vuelve a su puesto justo a tiempo para ver, por la ventanita espejada, que alguien saluda a los dos vigiladores del puesto de acceso. Por el uniforme, un supervisor de la empresa. El corazón le da un vuelco al darse cuenta de quién es. Un momento después él está entrando a la oficina.

—Buen día, Santoro.

—Buen día, Martínez.

Y el beso en la mejilla.

Daniel Martínez es su supervisor desde hace años. Paulina siente una vieja fascinación por él; siempre disfrutó de su compañía. Cualquiera otro día lo hubiera invitado a quedarse, le hubiera ofrecido mate o café, pero hoy no es cualquier otro día.

—¿Alguna novedad? —pregunta él mientras hojea el libro de guardia.

—No, ninguna —responde ella, y en un esfuerzo por dejar de mirarle la alianza que lleva en el anular, se fija en su uniforme impecablemente planchado; observa su rostro delgado, nota las entradas profundas, el bigote encanecido. *Se está poniendo viejo*, piensa con ternura, y tiene que reprimir el impulso de acariciarle el pelo. De pronto siente el peso de su ausencia, se da cuenta de la falta que le hace su abrazo (el de cualquiera, en realidad). Recuerda la noche que estuvieron juntos, la primera y la última, y la invade una repentina oleada de calor, una confusa mezcla de bronca, vergüenza, deseo y amargura. Por eso no le gusta recordar, porque al final, como cada vez que piensa en él, se siente estúpida. Sabe que es algo que nació ya sin oportunidad. Aprieta los dientes y, tratando de apurar el trámite, pregunta:

—¿Trajiste la cobertura? Barbieri andaba preguntando si le cambiaron el franco...

Ya sola, Paulina cierra la puerta de la oficina, se sienta con cuidado y se sube el pulóver. Cautelosamente se toca la panza. No es muy grande, pero ya tiene treinta y ocho semanas. Lleva tanto tiempo ocultándola que a veces ella misma necesita tocarla para asegurarse de que no es fruto de su imaginación. Y ahí está otra vez, ese dolor que no es dolor. Paulina ya tiene un hijo —Marito, el recuerdo que le dejó su único novio antes de borrarse—, de modo que sabe muy bien qué es lo que está sintiendo.

Inquieta, tratando de no pensar en todo lo que está en juego, toma su bolso y empieza a preparar las cosas. En eso está cuando rompe bolsa.

Paulina respira, respira y espera. Ahí viene otra. Es como si una gran mano le retorciera las tripas desde adentro, y luego las soltara. Está recostada contra la fría pared del baño, acomodada sobre un par de toallas, y va controlando como puede con el espejo que trajo. Resiste el deseo de pujar hasta que cree ver la coronilla, recién entonces puja con todas sus fuerzas. Trata de recordar su primer parto. Ruega a Dios que sea igual de rápido, ruega a Dios que este no venga de culo, que no la desgarré, que respire bien, que esté completo, que no tenga ningún problema de salud. Todos los miedos que no se permitió sentir durante el embarazo la invaden de pronto. ¿Y si no pudiera sola? ¿Y si necesitara ayuda? Pero ya es demasiado tarde para pensar en eso. Trata de vaciar su mente de pensamientos y temores, trata de concentrarse en respirar. Puja una vez más y sale la cabeza. *Ya pasó lo más difícil*, se dice para darse ánimos. Y la verdad es que termina no costándole tanto.

Es una nena. Una nena con buenos pulmones. Paulina corta el cordón con un cúter y limpia y envuelve a la criatura. Le seca la cara, le quita los coágulos sanguinolentos del pelo y la contempla por un momento que le parece eterno. Le roza la boca con la punta

del dedo, ve que tiene el reflejo y la acerca a su pecho. Cuando la siente succionar, se le caen las lágrimas. Piensa en cómo eran las cosas antes de conseguir trabajo en la empresa, en las filas interminables y los interminables rechazos, en el frío colándose en la casucha en la que dormía, en el hambre como un dolor constante, piensa en sus padres —esos viejos miserables y egoístas que viven de ella—, piensa en su hijo —ese animalito caprichoso y maleducado que no hace más que exigirle cosas—, piensa en el alquiler y las cuentas que hay que pagar... ¿Qué pasaría si la echaran? ¿Qué pasaría si por esto perdiera todo lo que le ha llevado años conseguir? *Valdría la pena*, murmura. Y entonces escucha que alguien abre la puerta de la oficina.

Apenas ha llegado a expulsar la placenta y está sobre un enorme charco de sangre.

Paulina despierta en la clínica, en una habitación moderna y agradable. Siente que le duele el cuerpo por todo lo que no le dolió durante el parto. Es como si los órganos y hasta los huesos intentaran volver a su posición anterior al embarazo. Cuando trata de incorporarse se da cuenta de que está esposada a la cama.

—Te revocaron el permiso de trabajo —escucha decir. —En cuanto tengas el alta, te deportan.

Se da vuelta y lo ve sentado junto a la ventana. Daniel parece muy muy cansado.

—Sabés que el embarazo es causa justa de despido; la empresa incluso podría iniciarte acciones legales por ocultar información.

Paulina se queda sin aire. Él se frota el entrecejo.

—Sé cuánto necesitás el trabajo y estoy haciendo todo lo posible para que no te echen. Podría haber una posición como retén en la autovía... Pero no sé.

Paulina piensa en lo que le ofrece: las casetas del borde, turnos de doce horas rotativos, a la intemperie, armada —nadie te da un arma por nada—, revisando a la gente, esperando a los saqueadores.

—¿Y nunca voy a poder volver? —Apenas le sale la voz. Se refiere a volver al edificio, al puesto que ocupaba, pero en realidad también se refiere a volver a trabajar en la ciudad, a volver a estar con él, a volver a todo lo que ha hecho miserable y soportable su vida hasta entonces.

—No, no creo —contesta él, y se va hasta la puerta. Pero vuelve, como si no pudiera aguantarse la bronca.

—No entiendo cómo pudiste hacer esto —le dice—. No te hablo solamente de mantener el secreto... ¡Tenerla así!

—Vos sabés lo que hubiera pasado si hubiese pedido médico cuando me descompuse. Me hubieran subido a una ambulancia y me hubiesen tirado del otro lado de la General Paz.

—¡Te hubieran llevado al hospital!

—¡Del otro lado de la General Paz!

—¿Por eso no llamaste? ¿Porque querías que naciera en la ciudad?

Paulina no responde.

—¿Qué creías? ¿Que te iban a dar la ciudadanía a vos también? ¡No podés ser tan boluda! Podrán dársela a ella, pero no a vos. ¿No entendés? —Le tira una carpeta y una lapicera—. Te ofrecen dos opciones: dejarla al cuidado de la ciudad, renunciando a todo derecho de filiación, o renunciar a su ciudadanía y llevártela con vos.

Paulina no se la esperaba. Había llegado a creer que tenía oportunidad, que no era una idea tan loca después de todo. Abre la carpeta, pero no puede leer, las letras se le borronan.

—¿No hay ninguna otra opción?

—No, no hay.

Lo piensa durante un instante y la idea de separarse de ella le hace sentir un ahogo, un súbito malestar, le duele el pezón del que se alimentó, siente las tetas llenas y desesperadas, anhelantes, comprende que dejarla sería como sufrir una amputación, pero sabe que en realidad no hay nada que decidir.

—Deciles que renuncio a la filiación.

Él la mira como se mira a un monstruo y abandona la habitación. Paulina sabe que es inútil tratar de explicarle y se recuesta en la cama. Se acuerda cuando se enteró del embarazo, cuando decidió tenerlo; se acuerda cómo se propuso que todo fuera diferente esta vez. Se dijo entonces que sería su oportunidad para empezar de nuevo, para hacer todo bien desde el principio, para sentir la maternidad no como una vergüenza, una carga o la consecuencia de una estafa, sino de ese modo dulce y sereno que se ve en las películas, para sentir y dar todo el amor que se supone que las madres deben tener por sus hijos. Y llegó a creer que realmente podría dejar todo atrás, que su vida después del parto sería tan nueva como la de la criatura.

Las cosas no salieron como hubiese querido y, sin embargo... Sin embargo, siente que esta locura no ha sido en vano. A pesar de todo, su hija se convertirá en ciudadana. Y nadie podrá quitarle eso. Una ola de repentino orgullo le inflama el pecho.

**LAURA PONCE** (Buenos Aires, Argentina, 1972). Es escritora, editora y gestora cultural. Cuentos suyos han aparecido en revistas y antologías de Argentina, Cuba, España, Uruguay, Chile, Perú y Colombia. Ha sido traducida al francés y al inglés. Formó parte del equipo de dirección editorial de *Axxón*, la primera revista digital en habla hispana. Desde 2009 dirige *Revista Próxima* y Ediciones Ayarmanot. Su libro de cuentos *Cosmografía profunda* (La máquina que hace Ping, 2018; Ayarmanot, 2020) se publicó en España y Argentina.

## *Las mariposas no sueñan\** (fragmento)

Rogelio Saunders

Oí el sonido consonantado a lo lejos, y supe que había comenzado el ritual.

No era de noche ni de día. Era sólo el momento en que creía bajar una cuesta, convertido de nuevo en un estudiante. Pero aquella cuesta gris no llevaba a un teatro o un aula. Tal vez sí a un teatro, pero nunca a un aula. El cielo, inminente, me empujaba por subdivididos túneles, y cuando creía estar sentado en la banqueta de una cafetería, me descubría acostado en un tosco lecho de tablas, cerca de una pantalla que parpadeaba con un ruido de fondo.

Ya no oía el vuelo rasante de los cormoranes anunciando la proximidad de la tierra. Sólo el tictac descompuesto del reloj, la dividida sonrisa del retrato (“yo era, yo soy”), y esa rosa eterna cuya decadencia coincidía segundo a segundo con la duración (o la ausencia de duración) del milenio.

*Oh, rosa* —escribía, y luego lo borraba.

Las noches, las madrugadas, los días, las mañanas se seguían sin orden. No había un orden o una. Sólo reflejos en el cristal, grandes cabezas de cartón asomando por sobre los toboganes descoloridos. Y a lo lejos, como el esqueleto de un gran animal, la

\* La novela fue publicada en 2019 por el Fondo Editorial de la Universidad de Querétaro en su colección El Fondo de las Naves.

rueda destartalada y úcrona que el rayo del ojo hacía creer que giraba. Esa rueda era también un joven guerrero hermafrodita que recorría la noche con su carcaj calcinado, hendiendo sin ruido la oscura vegetación, dueño de unos senderos que nadie más podía ver, cantando para sí mismo una canción que hablaba de una cubierta luminosa y de una larga hilera de balaustres blancos.

Yo me deslizaba del sueño a una ventana, y atravesaba paredes que se levantaban como gestos en el papel, paredes inclinadas en ángulo agudo, allende un cristal empañado con la huella evaporada, curvada, proterva de una mano de niña. Las voces temblaban aún en el aire cuando doblaba un saledizo donde un seto figuraba una cuadrilla de hombres sentados. El perro negro que me seguía a veces por la noche era tal vez un signo. Privado de aventura y de capota, pensaba en el hambre, en las largas jornadas en el serpeo negro de la nieve, donde tantos habían escuchado una orden equivocada y habían desaparecido como sombras en el lecho de un río que era también la pendiente vertiginosa de un desfiladero.

La rosa estaba allí, eterna en su sarcófago cristalino, erguida allende el agua estancada en el presentido lago (también inexistente, pintado y borrado y vuelto a pintar en la transparencia de la tela). Había visto o entrevisto más de una vez ese promontorio amurallado en la tela transparente. Y el nombre del pintor que resonaba al unísono, sin lugar pero en ese lugar siempre, pues era un nombre inseparable de un lugar, y un lugar inseparable de sí mismo, evaporando de pronto la indignidad de toda espalda (yo caminaba por esas calles, yo me recostaba en esos muros, miraba desgano los cestos y las telas, rodeado por un olor de incienso, por niños que corrían: era yo mismo que corría, hijo del polvo, de la noche dibujada y borrada). De pronto era allí y sólo allí. Y ese allí que lo contenía todo no estaba, no podía estar en ninguna parte.

La rosa, como el halcón, no miraba a nadie. Había escuchado la voz y se había vuelto sombra, eco. Boca y labio de lo que no puede hablar. Oreja y oído de lo que no puede oír. Y sin embargo, algo persistía más allá de todo oír, un sonido intermitente de campanas, de pequeños martinets en la cintura redonda del reloj. Era la hora que no se dejaba ver. La frase inconclusa que yo esperaba en cada golpe de la mano, en cada sajo del sextante en el papel de cera, zigzagueando en la poca luz mientras el insecto nocturno se acercaba a la escalera de piedra con un rechinar de redondeles de sierra diminutos.

Parado en el umbral que separaba dos mundos, dos rotaciones del ojo, dos rayados vitrales, yo era la cantidad sin forma que vigilaba el contorno del más extraño nacimiento, allí donde había, o soñaba que había, una luz invisible que separaba un rostro de otro rostro, un cuerpo de otro cuerpo, como una cesura transparente. Cómoda y espejo en los que el corazón regolpeaba. La noche, espesa como el lodo. El pañolón que se alejaba en lo oscuro, ondulando como un siluro fantasmal. El espejo y la letra dictaban. La noche respondía con lentas sílabas de condenado. Se adivina una Y entre el espejo que devolvía la imagen y el espejo que no devolvía la imagen. Dentro de su caparazón hueco, de muñeco de masilla doblemente relleno con la harina del reloj, algo cantaba (yo oía el susurro de la canción, como quien ausculta un corazón mecánico). Miraba en los ojos desconocidos del que me miraba, hecho a todo abismo como un niño que corre y que ríe apareciendo y desapareciendo a lo largo de una hilera interminable de ventanas.

La noche tenía ojos azules que miraban desde los capitostes de inexistentes farolas. Pero yo no llegaba a ella (ni ella llegaba a mí) de golpe. Siempre se interponían remolinos amarillos, y ese recuadro negro que oscilaba (ampliándose y espesándose, o

adelgazando y disminuyendo) como un pañolón blanco que fluctuase en la oscuridad de un bosque. Era como la máscara de saco con torpes agujeros que velaba entre dos postes amarillos. O como esa mujer a la que le escribía una carta que nunca conseguía terminar, porque para terminarla hubiera tenido primero que comenzarla. (Siempre por comenzar, pues: interminable, interminada.)

El dictum caería sobre el reloj y sobre la hora como sobre dos mundos separados. Nada se habría puesto en marcha. El fulgor siempre lejano era aquí una apagada mancha violácea donde flotaba una forma de desvaídos pétalos, esparcida y pulsátil, siempre líquida y siempre heterocroma, como aplastada, indefinida rosodea tornasol.

Porque su nombre (pero ¿tenía nombre?) aún estaba asociado a la mañana o la noche de un día. Su cuerpo amarillo, inesperado, tendido como una hoja en el cemento gris. Cuerpo como una cara sin ojos, inextenso, incapaz de saciar o ser saciado, sin comienzo ni fin. En la roja espera del dedo que ronda, pespunteando como un cálamo dormido el sórdido saco, ausente en la lluvia menuda que cava con ritmo desigual una infinitud de agujeros en el lodo del patio, como agujas en un ojo inflamado.

Ese ojo inflamado (escuchó o dijo) que llama, como la hoja, hija de la tortuosa escalera (escalera de Scriabin, escalera de Dostoievsky). El perro negro como una estatua junto al estante blanco ya deslucido, donde hubo o habría una infinidad de medicamentos (de desencantados, indecisos forcejeos de cabezas). Un sueño o muchos sueños: un delirio o muchos delirios. El suspiro del cuerpo sin ojos, la larga línea dibujada con mano desigual (pues era el dibujo, incisivo aunque inexistente, el que lo resumía todo). Y al tocarla (pensó que escribiría), la posibilidad única (como el brillo de perla de una gota) de que ella nunca hubiera estado allí; y sin embargo contenida en mí (en él) siempre, pues esa llamada,

aunque resonara hoy, nunca podía ser de hoy ni escucharse hoy, sino sólo en la sombra de todo hoy, como en un largo túnel. Túnel del ojo, que no mira, sino que resuena. Túnel en cuya cripta dibujada colgaba siempre, engañosa, una úvula (hundida en la profundidad sigmoide de la Grotta, con sus orificios perforados a intervalos regulares, visible y misteriosa como la tumba del poeta.)

Llama, y el pardo siluro de lino se entierra, como en la sequedad de una espalda. Abre la boca en la arena, oyendo la huida de los cangrejos y viendo a las intensas muchachas, cercanas y lejanas como figuras de algodón en la mágica circunnabulatura de un catalejo.

Yo era el que volvía a subir por la escalera de piedra. Volvía en busca del espejo, del espejo del hecho; el oscuro espejo sin forma y sobre todo sin tiempo donde todo había sucedido ya y donde todo estaba por suceder. Donde el cristal conservaba aún la forma de la mano (el dedo resbalando en la saliva del cristal), y el ángulo se hacía cada vez más agudo, llevándose consigo calles y más calles, setos y más setos, prometiendo un agua o un cuerpo amarillo en el agua que nunca acabaría de aparecer. Pero sobre todo buscaba, oía, en el estuco que simulaba una extendida acuarela (y siguiendo unas huellas que eran las mías en lugares que yo nunca había pisado), no una salida ni una luz, sino el *pasaje*, la abertura en el aire ensoñado y el camino donde la flauta roja resonaba aún, uniendo la piedra y el silencio bajo el arco verde, más allá del cual podía verse la pequeña vela blanca en su mástil de colores vivos, recortada en el azul como en el rectángulo marítimo de un sello.

No eran solamente los días o las noches (o lo que quedaba de ellos), sino el humo tenaz de laberintos desconocidos, hechos para él pero encubriendo (como un mundo de plastilina) los únicos laberintos que le interesaban. Esas sombras lo conducían una y otra vez al falso camastro, y había el presentimiento inútil de

que la verdad hubiera podido estar allí si esa verdad y toda verdad no hubiera sido sospechosa, como lo era la insistencia de un tono, y la imagen de la ciudad de oscuro papel doblada en pertinaces ángulos. El ocre indiluido vagaba en busca de un cuarto, de una desconocida noche. Como la sombra de un animal, estaba en cada desconchado del techo y en cada ventana, visible e inasible, caliente, urgente, abierto, insaciado. Cuerpo sin nombre, que llamaba, como un corno desde lo hondo del bosque. No había un misterio en ese ir y venir, en ese centellear sudoroso. Había mucho más que un misterio. Era menos que nada y era más, mucho más que nada.

De modo que volvía, prisionero de sí mismo, a repetir como un desgano centinela los mismos pasos dados en dirección contraria. Pasos que ascendían o descendían, que se detenían ante inesperados muros, que dudaban ante los mismos callejones cien veces recorridos. Como si no errara allí, sino en pasadizos de cal en los que fuera fácil confundir una oquedad con un túnel, y un signo en el barro seco con una falsa huella. Como si repitiera los pasos de otros que se habían perdido antes que él, siguiendo el tintineo confuso de una orden no dicha, de un rumor apagado allende el mecanismo continuo de las olas.

Pasos que iban hacia la presentida noche o que volvían de ella, siguiendo siempre el borde de la arena roja, mojado por una lluvia perenne que no caía en ninguna parte. Pasos que iban hacia el futuro o hacia el pasado, dibujando la helicoide de humo engañosa del presente, mientras la figura dispersa se reflejaba en azarosos cristales, y el aserrín llenaba como una circunfleja sutura el pecho del duende desprovisto de corazón.

Ni la barca pintada en el sello (siempre expuesta al óleo de los dedos que pasaban como sombras sobre el azul), ni la flor saxígrafa hubieran podido sustituir al sextante y al timón, pues no era

ese su papel. (“Su papel...” —estertoró, doblado en ángulo sobre la mesa de tablas.)

Pasos en cuya lentitud había urgencia, como quien niega un saludo. Abría los ojos y sabía que no había desaparecido el ruido de fondo. Que la escalera de piedra seguía allí, hermana de la escarrot de hierro y su sordo crujido de óxido. Que alguien resollaba en alguna parte y que alguien saludaba libre, lanzando al aire una gorra azul allende la pequeña vela blanca en su mástil de colores vivos, amiga de los reidores grumetes que nunca llegarían a saludarse como los marineros.

Y en ese parque en el que no había jugado nunca buscaba ya, entre el follaje, no una salida o una puerta, sino el *pasaje*. La luz lejana, no en un solo lugar, no el sol multiplicado en la techumbre de hebras, sino el qué del dormido en la arena roja, libre de las palabras que ya cantaban para él detrás de la sorda máscara de saco. El sueño sin cielo en el catre que todavía no estaba desvencijado, y el ruido que ya estaba allí, inaudible, cenceño, corriendo como un insecto perdido a lo largo del hilo impecable de la camisa.

¿Cómo, si no en las palabras? Quería volverse y no conseguía verlo. Era de noche, y era de día. Retrocedía, pero avanzaba, empujado sin dirección precisa. Era diciembre helado y mayo florido. Se retorció, borrando lo escrito por otros y que ya eran él mismo (esa sombra vitrificada en el hielo, esa continuidad en las tablas onduladas). La sombra y el canto de días aún por venir y sin embargo ya idos, ya otros como él, gesticulando en el espesor del espejo, dando pasos en el subsuelo submarino, habitante solitario de un mundo sin consistencia y sin aire, franjado por inhumanos azules, ojivado como la geometría concéntrica de un laberinto, borroso como un descendiente lejano en una antigua fotografía, viva sombra de un gesto solidificado en un muro.

La vio, fue hacia ella. Pero sus manos no la tocaron. Sintió el bofetón caliente en la mejilla (era el zigzag de las cabezas en el cristal denso y redondo). Dijo después, riendo en otro hueco de sol, que su pelo se ensortijaba como los dibujos en la balconadura de hierro colado. Dos mundos que eran el mismo y que sin embargo nunca podrían encontrarse. Sin tiempo y sin luz, pero anegados en el tiempo y en la luz. El tiempo y la luz seguían dibujando y borrando los rostros intensos, como él tras el cristal opaco (como la mano en el papel, arrastrando con silenciosa furia el sextante de madera).

Días en que la rosa intemporal soñaba, llamando desde consonantados hemistiquios. Él también miraba y soñaba, hijo de nadie sobre las baldosas verdinegras, o dando pequeños saltos en el remolino aguachiento de la nieve, moviendo torpemente las alas, aferrado a la rama oscura y luego encogido en el alféizar, mirando la pequeña mano que resbalaba en el cristal, la boca adolorida que succionaba sin pausa y sin odio del otro lado del tiempo.

Sabía que era impaciente, pero sabía también que no conseguiría nada esperando.

El oído, largo como un túnel.

La *allée*, que ya estaba allí, todavía no había aparecido.

El cuerpo, hecho de anillos, parecía reflejarse en todas las ventanas. La mano sudorosa y ardiente parecía estar a la vez en el cristal del libro y en el libro del cristal. La ventana: la hilera de ventanas. El sonido de campana de la escalera. Subía. Soñaba. Los sonidos la rodeaban. (Las palabras, los sonidos nos rodeaban.) En la oscuridad oscilaba el siluro fantasmal. Y allá, a lo lejos, el denso vitral hacía señales de ahogado, guiñaba un ojo carmesí, sujeto al tafetán de las olas idénticas a las olas de cabezas que soñaban la helicoide del faro y el trasatlántico de papier-maché.

La mano pequeña dentro de la mano. Recogida, como una escena coloreada en el rectángulo marítimo de un sello. Sudorosa.

La madeja espesa derramándose, ocultando el rostro, la frente desgajada, la boca negadora. El labio suelto, curvado, continuo, liso, libre.

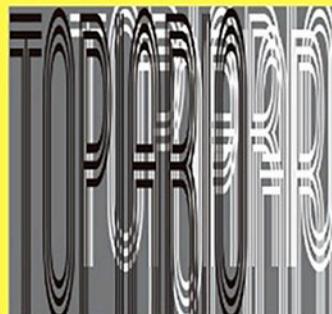
Yo le enseñé que el amor (y su rito más sangriento) no estaba vinculado a un lugar o a un nombre, a un cielo o a una copa. Que el amor también podía ser el suelo espeso, la sangre dibujando otro adensado signo sobre el palimpsesto compacto de cuerpos y papeles. Sonidos, pasos, sombras, sueños, semisueños. Este nunca ser yo en el yo reflejado en la losa. A lo lejos, alguien golpeaba con saña, o quizá sólo con aburrimiento tenaz. Invisible para sí mismo; más sordo cuanto más dedicado. Esa era la noche de la torre, a donde yo subía como sólo podía subirse: con el lerdo paso filoso de la espiral. Trabajo o sueño (pero qué era el trabajo, qué era el sueño). Este ir y venir de la torre a los ángulos, de los ángulos a la música (o a la ausencia de música), del bullicio inexistente al toco cuadrado de madera en que no era posible dormir, y de este a la pantalla donde parpadeaba, eterno, el ruido de fondo. El perro negro también estaba hecho de ese ruido de fondo, del verde de los portales soñados, del impecable promontorio con sus ventanas tapiadas, blanco y fantasmal como un pañolón extendido en la tegumescencia de la noche. Pero no había una noche que fuera sólo noche, sino más bien había sólo un espacio sin duración y sin forma, a la vez oscuro y claro: ahora medianoche en lo claro, o ahora mediodía en lo oscuro. Días o noches eran sólo modulares, trazados como una curva azarosa en el papel, donde la mano temblaba. Mano de enmascarado que avanza en lo oscuro. Mano que insiste sin meta, dibujando y borrando y volviendo a dibujar una cara o un sueño. (Tu cara: tu sueño. Mi cara: mi sueño.)

Y así no había día en la espera, pero tampoco espera en la espera. Lo que había era un círculo trazado incontables veces, e incontables veces cortado en ángulo, como el recorrido de un viejo

centinela que no ha oído una orden (porque nadie podía oír esa orden, ni darla): cada vez más antiguo, cada vez más distante, cada vez más perfecto.

Ella venía, pero no dejaba huellas. Su sombra se recortaba en el papel, mientras yo arrastraba el sextante y escribía sin escribirla esa carta que no recibiría nadie (interminable, interminada). La noche me encerraba en su círculo y yo miraba, derrotado, último, por el terso agujero que alguien había dibujado toscamente en la atalaya, donde sólo los unirrostros vermiformes se aventuraban aún, hijos del libro cuyas páginas amarillas dibujaban una curva aceitada más, seguida de una cuerda matemática que no acababa, que no podía acabar allí. Esperanza que era la del número, la del perenne ruido de fondo allende el lecho tosco de tablas donde el otro (el centinela, el recién venido) vendría de nuevo a acostarse cada noche.

**ROGELIO SAUNDERS** (La Habana, Cuba, 1963). Poeta, cuentista, novelista y ensayista. Fue miembro del grupo Diáspora(s). *Crónica del decimotercero* (Bokeh, 2016), *Poesía. Volumen I* (Editorial Casa Vacía, 2017), *Poesía. Volumen II* (Editorial Casa Vacía, 2017) y *Las mariposas no sueñan* (Fondo Editorial UAQ, 2019) son sus libros más recientes.



DESCARGA LOS LIBROS DE LA COLECCIÓN EN MARTE APARECE TU CABEZA EN GRAFOGRAFXS.UAEMEX.MX

SEUSS • SHAMANÍ • TORRES • MEILLER • POU • ARREBOL  
BIDEGAIN • HERNANDEZ • MUZZIO • PONCE • SAUNDERS • ORTUÑO

